

Espíritu Misionero y Apostolado Laico.

La Acción Católica

Los escritos de Mons. Larrain sobre el espíritu misionero del laico y sobre la Acción Católica, adquieren su real dimensión en el contexto de la vida y acción de este Obispo. Recordemos brevemente algunos de sus hitos:

En 1933, al nacer la Acción Católica en Chile, el Pbro. Manuel Larrain se encuentra entre sus primeros asesores. Ese mismo año, con ocasión del 19º centenario de la muerte y resurrección de Jesucristo, publica un libro sobre las misiones en el mundo: LUZ EN LAS TINIEBLAS (1).

Entre los años 1952-1962, dirige la Acción Católica de Chile, como "Asesor Nacional". En esa época se hace presente en importantes encuentros, a nivel nacional o internacional. Hemos dado cuenta de numerosos escritos al respecto, en nuestro primer volumen (2).

Su ideal de apóstol se refleja nítidamente cuando evoca algunas figuras de la Iglesia: por ej., Mons. Juan Subercaseaux (3), y el P. Alberto Hurtado, S. J. (4), con ocasión de sus muertes.

Juan XXIII lo nombró primero "consultor" y después "miembro" de la Comisión para el Apostolado de los Laicos, preparatoria del Concilio; los Padres del Concilio lo nombraron, igualmente, miembro de la misma Comisión, en 1962.

En su TESTAMENTO PASTORAL expresa como postrer deseo a los laicos de su Diócesis: "Sed misioneros de la Iglesia: la Iglesia es el misterio de Cristo prolongado. Hay que hacerlo llegar a todos. Cada católico ha de ser su apóstol. Hay que irradiar la Iglesia" (5).

Diez años después de su muerte, el Card. Villot, Secretario de Estado del Vaticano, resume la visión de la Iglesia sobre el apóstol Manuel Larrain, diciendo:

"El honró y sirvió a la Iglesia y enseñó a honrarla y servirla con el ardiente testimonio de la palabra, la abnegación de un compromiso generoso y sin límites, la responsabilidad del sacrificio personal, participando con entusiasmo en sus alegrías y compartiendo íntimamente sus ansias y sufrimientos..." (6).

(1) Cfr. *Escritos Completos*, v. I, p. 67-86.

(2) Cfr. *Congresos y eventos de Acción Católica*, p. 187-275.

(3) Vol. I, p. 354-361.

(4) Vol. I, p. 370-380.

(5) Vol. I, p. 30.

(6) Vol. I, p. 24.

Se apostol y ¿por qué?
Porque: la salud de las almas lo
pide
~~los apostoles en exceso~~
la misericordia es mucha y pocos los
obras,
la sana de los enemigos es
mas lenta
porque la extensión del Reino
de Cristo lo exige.
porque debes ser hombre de
Ideales altos.

~~porque~~
porque el hombre egoísta es
despreciable
porque la juventud te lo pide
porque has de ir a tus hermanos
porque te aseguras la salvación
eterna
porque te alegras las penas
de los del apostolado.

Se apostol y en donde:
Se apostol en la escuela
" la Universidad
" la Calle

En tu familia
En tus amigos
En la sociedad

Se apostol y cómo?
Por la sincera confesión de tu vida
Por las palabras

EL MOMENTO ACTUAL DE LAS MISIONES CATOLICAS (1) (1930)

(*) Este artículo es publicado, con muy pequeñas variantes, en un libro, en 1945:
El Deber Misional. Sólo publicamos el libro.



LA ACCION CATOLICA Y LA JERARQUIA (1) (IX - 1937)

Cuando en épocas posteriores se escriba la historia religiosa de nuestro tiempo deberá decirse en ella que el hecho de mayor trascendencia, de más hondos y renovadores efectos lo constituye el llamado de la jerarquía a los seglares para organizarse y trabajar en la Acción Católica.

En efecto:

“la Acción Católica no es otra cosa que el catolicismo en acción, dinámico, en marcha, viviente, encarnado por cada uno de los católicos en el medio donde éstos actúan y multiplicando en ese medio las células vivientes, las fuerzas de irradiación y de conquista para realizar en todas las naciones y en todas las clases la sola verdadera revolución que vale” (2).

Hay más; la Acción Católica está llamada a unir en el apostolado al clero y los seglares que el liberalismo había separado. De una Iglesia dividida con demasiada frecuencia en dos partes: un clero que evangeliza y seglares que se dejan evangelizar, la Acción Católica quiere hacer una Iglesia toda entera militante, donde cada uno en su lugar y en su rango, en su orden y en su terreno —el sacerdote en cuanto sacerdote, el seglar en cuanto seglar— colaboren en una misma obra: la extensión del Reino de Dios sobre la tierra.

El individualismo que en sus múltiples formas carcomió las bases de la sociedad moderna, se manifestó en el campo religioso por el aislamiento del fiel frente a la Iglesia, en la separación “de facto” entre el apostolado jerárquico y el seglar, en la situación de espíritu de gran número de católicos que un notable autor alemán Mons. Guardini ha caracterizado diciendo: “los fieles vivían en la Iglesia, pero no vivían la Iglesia”. Manifestaciones que en

(1) *La Revista Católica*, Santiago, págs. 175 - 181.

(2) Bayard P.

el orden práctico se revelan en este hecho que a todos debiera hacer meditar hondamente; pocos siglos han conocido como el nuestro, una floración mayor de obras en el campo católico y pocos, (sin temor a exagerar añadiría, ninguno) han conocido igualmente una mayor apostasía de las masas, y un mayor debilitamiento del espíritu cristiano entre los que llevan el nombre de tal.

Así, nos hallamos ante este mal, separación si no teórica, al menos de hecho, entre el apostolado jerárquico y el seglar —cuando este último se realizaba— y lo que es más frecuente, indiferencia del católico frente al problema fundamental del apostolado. De este modo tenemos: de una parte ‘multiplicación’ de obras con olvido o detrimento de la obra oficial de la Iglesia; de otra parte, actitud pasiva del cristiano, que recibe de su Iglesia y a la cual en cambio nada da. La Iglesia para él no es sino la oficina de lo espiritual a la cual se acude como a la del registro civil sólo en determinadas circunstancias de la vida.

Ahora bien, a remediar este mal viene la Acción Católica. Ella comienza por recordar que los seglares han sido llamados por ‘una gracia singular’ de Dios (3) a organizarse bajo la dependencia jerárquica en laicado apostólico. Ella hace sentir la obligación de prolongar dicho apostolado jerárquico en los diversos medios en que los fieles actúan. Ella da al católico el sentimiento de su responsabilidad en la Iglesia y de la dignidad de su misión. Ella le da el grande y verdadero sentido de su catolicidad.

Pero todo este vasto movimiento que sacude a la Iglesia, haciéndola entrever en medio de las oscuridades del presente, resplandores de aurora para el mañana, se apoya en un principio fundamental que debemos poner como base doctrinal de este trabajo: “la unión de la Acción Católica con la Jerarquía”.

I. ACCION CATOLICA Y JERARQUIA

La Acción Católica es el apostolado de los seglares pero en unión a la Jerarquía que los inspira y dirige. No se trata, por tanto, de actividad de seglares católicos en cuanto tales, sino en cuanto unidos a la Jerarquía.

“Es la participación jerárquica, al decir del Emmo. Cardenal Pacelli (4), lo que constituye la nota esencial de la Acción Católica”.

“La Jerarquía, afirma Mons. Pizzardo (5), es como el tronco donde vienen a injertarse las ramas, o aún, como el cuerpo, del cual la Acción Católica es el brazo. En consecuencia, añade, se equivocan aquéllos que, a pesar de sus buenas intenciones, pretenden militar bajo el estandarte de la Acción Católica sin buscar su inspiración y sus directivas cerca de los Jefes Jerárquicos a quienes solamente Jesucristo da gracias y poder de

(3) Carta de S. S. al Arzobispo de Toledo.

(4) Pacelli Card., entonces Secretario de Estado y posteriormente Papa Pío XII.

(5) Pizzardo Mons. Nacido en 1877. Card. en 1937, bajo Pío XI. Secretario de la Sagrada Congregación del Sto. Oficio, Prefecto de la Sgda. Congregación de Seminarios y Universidades. Gran Canciller de la Universidad Gregoriana.

conducir la obra de evangelización y apostolado. Fuera de ahí puede haber de parte de ciertos seglares prodigios de heroísmo y de ingenio, pero esta actividad extra-jerárquica no ha recibido de parte de Nuestro Señor las mismas promesas de asistencia divina y éxito sobrenatural”.

De este principio fundamental enunciado, se siguen varias consecuencias:

1) “La Acción Católica no se juxtapone al apostolado jerárquico sino que lo integra”.

Mal podría, en consecuencia, pensarse que la Acción Católica va a invadir terrenos pertenecientes al Obispo, al Párroco o al Clero; no va a invadirlos, sino a secundarlos. Basta que se mantenga clara la idea de participación para que esta confusión desaparezca.

2) “El ejercicio de la Acción Católica se encuentra limitado y reglamentado por la autoridad jerárquica”.

Aun cuando el seglar no pertenezca ni aun en grado ínfimo a la Jerarquía, sin embargo, en la Acción Católica obra y actúa en nombre de ella; la Jerarquía se responsabiliza de sus actos y por consiguiente, la Acción Católica no puede penetrar en ciertos campos sino en la misma medida estricta que ahí puede penetrar el ministerio pastoral del cual forma parte integrante.

Tal es el origen de las limitaciones impuestas a la Acción Católica en el campo político.

“No quiere esto decir, afirma a este respecto Mons. Pizzardo, que los seglares de la Acción Católica por el hecho de su subordinación a la Jerarquía, no asuman responsabilidades personales. Deseamos, al contrario, que en el campo cívico y social particularmente, conserven una actividad “sui generis”, comprometiendo en cierta manera su propia responsabilidad, permaneciendo siempre en la subordinación jerárquica”.

La limitación del ejercicio de la Acción Católica por la Jerarquía lleva consigo otra característica y es que sus métodos de acción no pueden ser otros que los propios métodos del apostolado jerárquico.

3)

“El principio general de participación a la Jerarquía sirve para precisar la calidad o el grado de Acción Católica de una determinada asociación”.

o sea, hablando en términos propios, si dicha asociación pertenece en sentido estricto o lato a la Acción Católica. Si la Jerarquía se limita a reconocer y aprobar una institución del apostolado católico, tendremos el segundo caso; si la dirige efectivamente y asume la responsabilidad de las actividades que ahí se realicen, tendremos el primero.

La sumisión de la Acción Católica a la Jerarquía Eclesiástica es el único medio que puede darnos la coordinación general de las obras y la verdadera unión de los católicos entre sí, realizando aquel pensamiento que el

Apóstol aplica a la Iglesia jerárquica: "Multa quidem membra, unum autem Corpus" (6).

Estos puntos que escuetamente acabo de enunciar nos lo recuerda magníficamente S. S. Pío XI que, dirigiéndose a la Acción Católica de Roma en abril de 1931, dice a este respecto lo siguiente:

"Participación en el apostolado jerárquico, esto quiere decir en una palabra, participación en ese apostolado primero salido inmediatamente del corazón, de la vida, y de las manos de Jesucristo y que se perpetúa a través de todas las generaciones, gracias a la expansión, a la difusión mundial y secular del Colegio Apostólico del Episcopado. El cuadro, añade el Pontífice, podría bien limitarse aquí, en esos esplendores del amor evangélico, en este apogeo de la extensión mundial que ha tomado el apostolado y con el apostolado toda la continuación de sus efectos bienhechores. Pero es indispensable y necesario deducir inmediatamente algunas consecuencias de esta premisa principal. La primera consecuencia es de hacernos pensar que la Acción Católica perdería inmediatamente toda razón de ser, si aún, un instante apenas, se obscurecieran estas ideas fundamentales, si se relajase aunque poco, esta idea esencial que une la Acción Católica, el apostolado de ayer y de hoy, a la Jerarquía".

Palabras Pontificias que S. E. Mons. Pizzardo comenta, diciendo:

"un apostolado que será necesariamente jerárquico, puesto que no es sino por la jerarquía cómo se une a su origen divino y no es sino por ella como es posible participar del apostolado verdadero y propio de la Iglesia"

a ese apostolado de los verdaderos y propios apóstoles, de los sacerdotes, y de los Obispos que es toda la sustancia divina y sublime de la Acción Católica de donde procede.

II. APLICACIONES PRACTICAS

De los puntos que acabamos de enunciar y que dan a este movimiento la verdadera orientación que le corresponde, se desprenden algunas cuestiones prácticas que conviene señalar.

Podemos considerarlas en varios aspectos:

- 1) El párroco y su posición en la Acción Católica.
- 2) La Acción Católica ante el gobierno de la Diócesis.
- 3) La Jerarquía. Las obras de Acción Católica en sentido lato.

1) *El párroco y su posición en la A. C.*

El párroco es en la Acción Católica el representante de la Jerarquía. Por medio de él, la acción de los seglares se eleva a participar de la actividad misma del apostolado jerárquico.

(6) Tr.: "Muchos miembros, pero un solo cuerpo", 1 Co. 10.

El párroco debe distinguirse del asesor del centro parroquial en que éste es un representante de la autoridad eclesiástica, y en cambio aquél es la autoridad misma.

Entre nosotros, dada la escasez de clero, resulta a menudo teórica esta distinción, ya que por regla general el párroco es el único sacerdote que actúa en la parroquia; sin embargo, como pueden presentarse y de hecho se presentan casos, en que el asesor sea diverso del párroco, conviene dejar bien esclarecido el punto de las posiciones del uno y del otro.

El párroco es, pues, más que un asesor de un centro parroquial y mal podría decirse que reúne ambas funciones. El asesor de un centro, jurídicamente representa la autoridad para asistir dicho centro, o sea, para evitar que se tomen acuerdos o se emprendan actividades que no digan bien con el dogma, la moral o las orientaciones fundamentales de la Acción Católica. Es verdad que si jurídicamente las funciones son limitadas y al parecer casi del todo negativas, moralmente en cambio, su actuación es inmensa, él es el centro, lo que el alma al cuerpo; él sin dirigir impulsa, sin absorber orienta, él es sobre todo genuino formador de las conciencias, el que da al centro su verdadero espíritu cristiano, de tal modo que S. S. puede sin exageración afirmar: "la Acción Católica será lo que sus asesores la hagan".

El párroco tiene un campo más amplio aún que el del asesor del centro parroquial. Como autoridad, decide, ordena, y sin invadir el cargo de la actividad de los seglares, él les indica el ministerio pastoral donde solicita su ayuda y apostolado.

Podrá preguntarse: ¿Y los asesores de centros sub o intraparroquiales, qué relaciones tienen con el párroco? La respuesta fluye de los principios anteriores; siendo el párroco el vínculo que une a los seglares con la jerarquía, aún cuando estos nombramientos sean de origen diocesano, los asesores quedan sometidos al párroco al cual dichos centros pertenecen. En cuanto a los centros interparroquiales el asesor depende del Asesor del Consejo Diocesano respectivo.

Este carácter de parroquialidad que da lugar preferente y decisivo al párroco en la Acción Católica, pone ante nuestros ojos la misión trascendental que éste realiza en orden a su desarrollo. A los párrocos y asesores se dirigen las palabras del Pontífice: "La Acción Católica, les dice, por la parte confiada a cada uno, in manibus tuis sortes meae" (7).

Lejos de mí el propósito de dar una lección a los señores párrocos siendo el menos indicado para hacerlo, pero no podría desarrollar este tema que fija las relaciones del párroco con la Acción Católica, sin referirme a un deber que al párroco corresponde y señalar dos escollos que en la Acción Católica debe evitar. Hélos aquí:

a) *Unidad de directivas y autonomía*

Para que la Acción Católica, como todo organismo tenga vida, se necesitan unidad de dirección y autonomía. Cada rama de la Acción Católica es en realidad autónoma, pero esa autonomía debe ir acompañada de unidad de dirección. Los dirigentes de las diversas ramas deben poseer aquello que el Santo Padre llama "conciencia de pertenecer a un solo organismo" o

7) Tr.: "mi suerte está en tus manos".

sea, fin único supremo al cual deben converger todos los esfuerzos con perfecta armonía de acción. Ahora bien, es al párroco a quien corresponde realizar esta unidad. En la Iglesia Católica el principio de unidad está en la autoridad, o sea, en la Jerarquía y, en consecuencia, dentro de la parroquia, en el párroco. Dentro de las funciones propias de cada rama, el párroco debe ir realizando con prudencia y celo esta unidad.

Acción Católica que a impulso del párroco no vaya buscando la unidad, cuyas ramas hagan prevalecer con exageración la autonomía sobre la colaboración, es acción que, a pesar de los frutos inmediatos aparentes, puede a la larga producir el grave mal de la dispersión de las fuerzas, lo que es del todo contrario a la esencia misma de la Acción Católica.

Por esta razón creo que la principal labor del párroco en la Acción Católica debe concretarse en la Junta Parroquial. La Junta Parroquial de la Acción Católica coordina, promueve, dirige y ejecuta. Si este organismo, llamado a dirigir y coordinar las actividades de las cuatro ramas de la Acción Católica en la parroquia, no funciona debidamente, es imposible que el apostolado de Acción Católica rinda frutos verdaderos. Creo sinceramente que la falla principal de nuestra Acción Católica se encuentra en la deficiente labor de las juntas parroquiales.

b) *Escollos que evitar*

He hablado de dos defectos que es necesario evitar: el primero muy dentro de nuestro idiosincrasia chilena y que llamaré, con perdón de los puristas del leguaje, el 'inmediatismo'.

Consiste este defecto en fijarnos con exceso en los fines próximos, inmediatos de la acción y descuidar los fines superiores, aunque lejanos, de la misma; o bien: querer a veces exigir a la Acción Católica resultados inmediatos siendo que ella, como toda obra de formación, debe ir madurando lentamente. En una palabra: olvidar que la Acción Católica está esencialmente ordenada a la restauración cristiana, al establecimiento de un nuevo orden social genuinamente cristiano y sacrificar muchas veces esos verdaderos bienesh futuros a trueque de beneficios inmediatos de poca o ninguna trascendencia. Defecto que en la práctica se manifiesta por el cambio completo de orientaciones que el nuevo párroco da a la Acción Católica en su parroquia, deshaciendo la obra que su antecesor había iniciado, en vez de perfeccionarla siempre en vista de esos fines superiores que se persiguen y que todo párroco penetrado de la misión de la Acción Católica, debe constantemente procurar.

El otro defecto que tantos males causa a la Acción Católica es el particularísimo, el espíritu de campanario, que hace olvidar completamente que más allá de los intereses de la Acción Católica parroquial, están los de la Acción Católica Diocesana y Nacional. Las empresas parroquiales deben coordinarse con los fines generales y superiores de la Acción Católica.

"Esta coordinación decía S. Em. el Cardenal Liénart (8) en 1932, se impone tanto más imperiosamente cuanto que ahora todos los problemas

(8) Liénart Card. Nacido en Lille en 1884. Obispo de la misma ciudad. Cardenal desde 1930 bajo Pío XI.

desbordan el cuadro parroquial. La acción de cada parroquia viene a integrarse en la diócesis, la cual a su vez se une a la Acción de la Iglesia. Es la hora de los movimientos de conjunto. Así, conviene que el cura, permaneciendo señor de su parroquia, vuelva sus miradas hacia la dirección diocesana de las obras; una colaboración muy fraternal, muy amplia, muy comprensiva es necesaria para que en esa diócesis se inicie un gran movimiento de conquista católica”.

S. S. el Papa, hablando a los Consejos Superiores de la Acción Católica italiana, se felicitaba de ver reunidos, a estos Consejos, “en el nobilísimo proyecto, jamás suficientemente realizado, de acercar y coordinar las diversas actividades de esta Acción” y añadía:

“Esta reunión es eminentemente propia para producir esta conciencia o conocimiento de pertenecer a un solo organismo; verdadero cuerpo orgánico y sin embargo, compuesto de partes distintas que no entran una en la otra, sino que todas concurren a una actividad única. Cada una de ellas aplicada a la función propia, mirando siempre, sin embargo, esa unión, esa coordinación, esa santa conspiración de fines, de pensamientos, de sentimientos y de obras sin la cual no hay éxito posible”.

¿Por qué he hablado aquí de ese deber y de esos escollos? Precisamente porque el deber se cumple y los escollos se evitan teniendo presente el punto central de este trabajo, la participación de la Acción Católica al apostolado jerárquico.

Antes de terminar este punto referente al lugar del párroco en la Acción Católica, podría uno preguntarse si el rol preponderante que ocupa, excluye la subordinación del párroco a los organismos y autoridades superiores de la Acción Católica.

Siendo la Acción Católica prolongación de la Jerarquía en el campo del apostolado y hallándose los organismos directivos asesorados y dirigidos por la misma Jerarquía, creo que el párroco en el ministerio pastoral en el cual trabaja en colaboración con seglares, está bajo las directivas de los organismos superiores de la Acción católica.

2) *La A. C. ante el Gobierno de la Diócesis*

Corresponde, en seguida, tratar conforme al programa, la posición de la Acción Católica ante el gobierno de la Diócesis, lo que haré sumariamente.

La Acción Católica prolonga el apostolado jerárquico, es su complemento. De la carta de S. S. Pío XI al Cardenal Van Roey (9) aparece claramente que la Acción Católica completa en cierta manera el ministerio pastoral de la Iglesia (10). Por ella se realiza en su sentido pleno la fórmula de San Cipriano (11) “plebs adunata pastoribus” (12). Ahora bien, el gobierno de la diócesis, la Curia, no puede dejar de intervenir en la Acción Católica ya que ésta representa el apostolado jerárquico. Dos intervenciones le corresponden especialmente, la oficialización de los centros y los nombramientos del personal directivo de ella.

(9) Van Roey Card. José Ernesto. Arzobispo de Molinas. Cardenal bajo Pío XI, 1927.

Sólo pueden considerarse centros de Acción Católica propiamente tales aquéllos que la Curia ha reconocido, o sea, les ha dado carácter oficial. Igualmente sólo es legítimo director de Acción Católica aquel sobre el cual la autoridad eclesiástica por medio de la Curia respectiva, ha hecho el nombramiento correspondiente.

Respecto a las relaciones entre las Curias y la Acción Católica, conviene insistir en dos puntos prácticos de importancia, a saber:

a) Las comunicaciones que los señores párrocos hacen a las Curias, referente a iniciativas de Acción Católica, debe la Curia, transmitir las a los consejos diocesanos respectivos.

b) Así como las disposiciones que sobre estas materias la Curia envía a los señores párrocos, es también conveniente hacerlas conocer a los Consejos; de otro modo es fácil que originen discrepancias.

c) En cuanto a las comunicaciones de los seglares a las Curias sobre materias de Acción Católica deben hacerse por medio de los Consejos respectivos.

d) El otro punto se refiere a la aplicación del Artículo 24 de los Estatutos de la Acción Católica de Chile. Cuando el Excmo. señor Obispo en virtud de este artículo quiere utilizar la Acción Católica diocesana en alguna manifestación externa o campaña de apostolado, convendría lo hiciera previa consulta a la Junta Diocesana, pues de otro modo pueden acumularse iniciativas y aún oponerse unas a otras con desmedro de la unidad de fin que es esencial a este movimiento.

Si queremos que la Acción Católica responda en forma cada vez más plena a su constitutivo esencial, es necesario que las Curias den la debida importancia a todo lo relacionado con estos nombramientos y reconocimientos.

Y no quiero prolongarme más sobre este tema que daría aún lugar a largas disertaciones y que yo he tratado tan sólo en sus líneas generales.

No quisiera terminar sin insistir en la idea que sirve de base a este trabajo: la Acción Católica está llamada a unir en el apostolado al clero y los seglares que el individualismo había separado. La Acción Católica por medio de esta unión de los seglares al apostolado jerárquico, dará a nuestro cristianismo actual ese espíritu ardiente de conquista y penetración haciéndonos sentir toda la belleza de la palabra divina "ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur" (13).

(10) Tr.: en el original: "Pastorale ojus ministerium quodam modo complet".

(11) Cipriano San. Obispo de Cartago. Nacido en Africa a comienzos del s. III. Hombre más que teórico, de una actividad infatigable. Su teología la debe en gran parte a Tertuliano.

(12) Tr.: "el pueblo unido a sus pastores".

(13) Tr.: "He venido a traer fuego a la tierra y ¿qué quiero sino que se encienda?". *Lc.* 12, 49.

(21 - IX - 1945)
EL DEBER MISIONAL (1)

El advenimiento de la paz tanto tiempo esperado, ha puesto a la Iglesia frente a graves y profundos problemas que debe sin dilación abordar. Entre ellos se encuentra el de las misiones que, después de la dura prueba sufrida, deben reiniciar una nueva y aún más intensa actividad.

Faltaríamos a nuestro deber de formar la conciencia católica de nuestros fieles si no habláramos sobre este tema y tratáramos de grabar en sus mentes, que el apostolado misional es una obra *esencial* al verdadero espíritu católico. Motivo por el cual expondremos, aunque en forma sumaria, los fundamentos de nuestra obligación de cooperar a la propagación de la fe entre infieles e indicaremos los medios cómo podemos prestar dicha cooperación.

1. DEBER SAGRADO

El tratar del problema de las misiones en la hora actual requiere el exponer brevemente los fundamentos de nuestra obligación de interesarnos en ellas para que así se grabe más claramente la idea de que ésta es una obra *esencial* al verdadero espíritu católico.

1) La obligación de cooperar a las misiones católicas reposa *primera-mente* en el fin de la Iglesia. En efecto:

Cristo fundó su Iglesia para que en ella y sólo en ella encontraran los hombres la salvación. El Antiguo Testamento la figuraba ya en el Arca de Noé como el único sitio seguro donde la humanidad podría hallar refugio contra los embates del mal, la historia de la Iglesia confirma con la elocuencia de los hechos esta verdad, que se resume en el grito de fe del gran S. Cipriano: "fuera de la Iglesia no hay salvación".

Dios quiere la salvación de todos los hombres, su gracia jamás se niega a quien lo busca con corazón recto y sincero, pero sin fe sobrenatural esa salvación no se alcanza, "sin fe es imposible agradar a Dios" (2).

(1) Talca: Impr. y Litografía Stanley (1949), 26 p. Este libro reproduce casi en su totalidad un artículo anterior: "El momento actual de las misiones católicas", *Revista Católica*, 1930, p. 27-31; 213-215; 331-333; 392-396.

(2) *Hb*, 2, 6

Esa fe se infunde en el bautismo, sacramento de iniciación divina que nos abre las puertas de la Iglesia y nos incorpora al Cuerpo Místico de Cristo. Pero para llegar a él se requiere la acción de otros hombres, ya que en su plan de salvación Dios quiso que fuésemos los artífices de la redención de nuestro hermano.

“¿Cómo, dirá el Apóstol San Pablo, creerán a aquél que no oyeron, y ¿cómo oirán sin predicador? y ¿cómo predicarán si no fueren enviados? Así como está escrito ¡cuán hermosos son los pies de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan los bienes!” (3).

La Iglesia es arca única de salvación, nuestro deber es llevar a ella a nuestros hermanos que se encuentran fuera de Ella.

Pero hay más; la Iglesia es Católica o sea universal, su acción no puede circunscribirse a una determinada raza o nación. Ella extiende con solicitud maternal sus brazos a todo el universo; Ella siente la necesidad de llevar hasta los últimos confines del mundo su evangelio de vida; Ella escucha la voz doliente de tantas almas que claman ansiosas por el pan de verdad y ante este espectáculo siente necesidad de concentrar sus fuerzas y llama a sus hijos fieles para que todos unidos emprendan la conquista de ese mundo pagano aún sumido en las tinieblas de muerte”.

La Iglesia una, santa y católica es también *apostólica* o sea edificada “sobre el fundamento de los apóstoles”. Como ellos, ha recibido la misión de predicar el evangelio a “todas las criaturas” (4) y derramar sobre sus frentes el agua regeneradora; pero esta misión no puede alcanzarla sin la cooperación de los fieles, que en una forma u otra deben trabajar en esta cruzada que traerá a sus almas la recompensa maravillosa de esa alegría interior y desbordante de encontrar a Jesucristo doquiera. El vive, de reconocerlo aún en la sonrisa del negro y en el ojo oblicuo del chino.

2) Si la obra de cooperar a las misiones encuentra su fundamento primero en el fin de la Iglesia, de modo que el poseer el espíritu misional es algo inherente al católico, hay un segundo motivo tan importante como el primero, ya que es la práctica del mandamiento máximo de la ley de Dios: *la caridad*.

Por el precepto de la caridad todo cristiano está obligado a socorrer a su prójimo en una necesidad grave, sobre todo espiritual; idea que S. S. Pío XI expresa solemnemente en la encíclica *Rerum Ecclesiae* (sobre las Misiones) diciendo:

“No se necesita insistir para demostrar cuán lejos estarían de la virtud de la caridad que mira a Dios y todos los hombres, si aquellos que pertenecen al rebaño de Cristo no se preocupasen de los míseros que caminan lejos de El. El deber de caridad que nos liga con Dios exige no sólo que procuremos aumentar el número de aquellos que lo conocen y adoran en espíritu y verdad, sino también que atraigamos al reino del amabilísimo Redentor cuantos más podamos a fin de que cada día resulte más fructuosa la utilidad de su sangre. Si Jesucristo, añade poco después el

(3) *Rm.* 10, 13 - 15.

(4) *Mc.* 16, 15.

Pontífice, dio como carácter distintivo de sus seguidores el amor mutuo, ¿podríamos demostrar quizás a nuestro prójimo caridad mayor o más insigne que el procurar librarlo de las tinieblas de superstición e instruirlo en la verdadera fe de Cristo? Cualquiera que ejercita esta obra de caridad a la medida de sus fuerzas demuestra que estima el don de la fe cuanto es justo que se estime y además manifiesta su gratitud a la bondad a la medida de sus fuerzas demuestra que estima el don de la fe **otros bienes que le están unidos**".

Si el vaso de agua dado en su nombre, dijo Jesús, que no quedaría sin recompensa, ¿qué diremos de aquellos que dan a su hermano la gracia de Dios y comunican a sus almas la vida de Cristo?

Y al mismo tiempo, ¿qué diremos de tantos cristianos que viven indiferentes ante el problema terrible de la salvación eterna de su prójimo?

Hay quienes se conmueven ante la miseria física y ejercitan en ella su caridad, pero que al mismo tiempo olvidan la más grande de todas las miserias, las más insaciables de todas las hambres; la miseria de las almas, el hambre de vida eterna.

Y sin embargo, el desinteresarse de más de mil millones de seres humanos que se pierden significa —y esto lo afirma el Papa en su encíclica— 'falta de caridad hacia Dios y hacia el prójimo'. Esta virtud divina de la caridad nos da el segundo motivo para interesarnos en las misiones y trabajar por dar a esos hermanos, como dijo el poeta:

"Pan de trigo para el hambre de sus cuerpos
pan de ideas para el hambre de sus almas" (5).

3) Una *tercera* razón viene a añadirse a las dos primeras señaladas: las insistentes voces de los tres últimos Pontífices.

No podemos hablar actualmente de devoción al Papa, ni decir sinceramente que deseamos sentir con el Pontífice romano, si no amamos verdaderamente la obra misional, ya que esta nueva cruzada ha sido uno de los grandes ideales que han animado a los tres últimos Pontífices, especialmente los autores de las encíclicas *Maximum Illud* y *Rerum Ecclesiae*, Benedicto XV y Pío XI, que en estos documentos han trazado admirablemente las normas del apostolado misional y dado lo que pudiera llamarse la *Carta Magna de las Misiones Católica*.

4) Un *último* motivo para interesarse en las misiones indicaremos tan sólo, porque su desarrollo completo daría tema para extenderse largamente: el *momento actual* de la historia del mundo que vivimos. Como nunca este momento es la *hora de las misiones*, como nunca se repite la palabra del Maestro: "Mirad que los campos están blancos ya para la cosecha", como nunca está en nuestras manos el porvenir de muchos siglos y pueblos.

"Vivimos una época de evoluciones prodigiosas, escribe el P. Dubois, de transformaciones rapidísimas que si de una parte han traído para la religión grandes obstáculos, de otra han roto muchas barreras que se oponían a su difusión".

(5) Gabriel y Galán.

El mundo negro, por ejemplo, se halla agitado de una necesidad prodigiosa de sustraerse a una degradación que durante siglos le ha procurado todas las vergüenzas, todas las esclavitudes, todas las torturas. Hoy se siente poseído del deseo ardiente de alcanzar el plano de la civilización de las razas privilegiadas, está ávido de saber; porque todo lo que ve y aprende se le presenta con la fascinación de maravillosas revelaciones. Al poseer la conciencia de su valor, de su fuerza, de sus derechos, las razas más degeneradas adquieren también conciencia de su razón. Se avergüenzan de su propia degradación y comprenden que sus ridículos amuletos, sus creencias infantiles no pueden mantenerse en pie. Pero el vacío del alma que las supersticiones de la idolatría no lograban llenar, les hace sentir un llamado violento a lo sobrenatural, sienten ansias de algo puro y noble que colme sus corazones y eso explica también en parte esos grandes movimientos de conversión al catolicismo que nos narran nuestros misioneros”.

Es la hora de las Misiones.-

“Cuando sentimos que Dios nos falta, ha dicho un autor, es porque está muy cerca”.

El ansia de verdadera vida sobrenatural hace más propicia que nunca la obra de la evangelización.

¿Irán a perderse esas almas que buscan afanosas la luz por no haber quien las alumbré?

¿Se repetirá el grito doliente de Isaías: “los niños pidieron pan y no hubo quien se lo diese”?

El mundo católico tiene la respuesta a estas angustiosas preguntas. Todos nosotros, igualmente la tenemos.

Si esas almas que de una parte reconocen la falsedad de sus antiguas creencias paganas no encuentran el camino que las lleve a la verdadera fe, caerán tarde o temprano en la absoluta incredulidad, en el ateísmo, en la negación de toda moral y terminarán arrojándose en los rojos brazos del comunismo ruso que ha comprendido el inmenso campo que el Africa y el Oriente le presentan, y desarrollan ahí sus más potentes energías.

Una de las características de nuestro tiempo es el ver cómo los espíritus rectos, las almas ansiosas de certeza se orientan cada vez más hacia la Iglesia. Es un doble movimiento que se observa en todo el mundo y especialmente en los países de misiones: hacia la negación total de parte de los que quieren librarse de toda ley moral, y hacia la verdad total de los que ven que la vida no tiene sentido sin un destino sobrenatural. Como magistralmente decía S. S. Pío XI en su encíclica de 3 de mayo de 1932 *Caritate Christi*:

“en esta lucha se ventila el problema fundamental del universo y se trata la más importante cuestión sometida a la libertad humana: *con Dios o contra Dios*; es ésta nuevamente la elección que debe decidir el destino de la humanidad; en la política, en las finanzas, en la moralidad, en las ciencias, en las artes, en el Estado, en la sociedad civil y doméstica, en Oriente y en Occidente, en todas partes asómase este problema como decisivo por las consecuencias que de él derivan”.

Es ésta, pues, como nunca la *hora misional*. Muchos siglos de fe o de impiedad dependen de este momento. Muchas almas esperan de nosotros la vida eterna o el permanecer eternamente "sentadas en las sombras de la muerte".

Quisiéramos que en vuestras mentes se grabaran con caracteres indelebiles estas palabras de S. S. Pío XI pronunciadas en la homilía de Pentecostés de 1922 al celebrarse en la Basílica de San Pedro el tercer centenario de la Congregación de "Propaganda Fide":

"No hay nadie que deje pasar en vano el momento solemne de tantas esperanzas para una gran difusión de la gracia redentora. Que aún un alma sola se pierda por nuestra tardanza, por nuestra falta de generosidad, que aún un solo misionero deba detenerse por faltarle los medios que le habremos rehusado, es una inmensa responsabilidad en la cual quizás no hemos pensado con frecuencia en nuestra vida".

II. DIANA SAGRADA

Hemos expuesto los fundamentos de nuestro deber misional; digamos dos palabras sobre el movimiento de las misiones en nuestro tiempo.

El siglo XIX había asistido a un renacimiento de la expansión misionera. La obra de extensión comenzada junto con el nacer de la Iglesia, seguida por los intrépidos monjes que evangelizaron las razas bárbaras del norte de Europa, continuada en la Edad Media en los países de Oriente sometidos al yugo de la Media Luna, intensificada en el comienzo de los tiempos modernos por esa empresa grandiosa que lleva a Francisco Javier al Japón y la India y envía a los intrépidos misioneros en medio de los bosques de nuestra América virgen, se aumentan aún más en el pasado siglo. Entre diócesis, vicariatos y prefecturas habíanse creado más de 230 en *tierras paganas*, pero esto no bastaba al corazón apostólico de *Benedicto XV*, que entreveía un porvenir más fecundo y próspero. El mundo católico, pensaba, no ha derramado aún sobre el pagano todos los abundantes recursos que la fe y la caridad deben poner en el corazón de 300 millones de fieles. De este pensamiento nació la *Maximum Illud* de 30 de noviembre de 1919.

Esta encíclica, al decir del Cardenal Van Rossum, ex prefecto de Propaganda Fide,

"era la *diana sagrada* que en el vasto programa de restauración de *Benedicto XV*, debía estimular la obra más completa y concorde del apostolado cristiano. Recogiendo el grito de compasión salido de los labios del Redentor divino: tengo otras ovejas que no son de este redil, y también a esas tengo que atraerlas; la encíclica aparecía atormentada de esa sed de almas que abrasó el corazón de los apóstoles obedientes al mandato divino: Id y enseñad a todas las gentes, y resumía con entusiasmo igual a la grandeza de la hora, el programa de aquella misión de fe y cultura cristianas que a través de los siglos han confiado los Romanos Pontífices a los intrépidos misioneros".

El movimiento misionero estaba lanzado. El mundo católico recogía con veneración y con ardiente voluntad de poner pronto en práctica la invitación de S. S. Benedicto XV. Su sucesor, el genial y santo Pontífice Pío XI, heredero del corazón ardiente y apostólico de Pío X y Benedicto XV, debía continuar la gran obra. Y he aquí que un día el mundo emocionado oyó estas palabras que partían del sucesor de Pedro:

“Mientras nos quede un soplo de vida experimentaremos hasta la ansiedad esta preocupación de las misiones lejanas”.

Era la encíclica *Rerum Ecclesiae* que aparecía el 28 de febrero de 1926. El fin de este documento era, a más de una reglamentación de orden interno, el aumentar, según sus propias palabras,

“el ardor de los fieles por la gran obra de evangelización, procediendo de suerte que misioneros más abundantes y más abundantemente provistos de los conocimientos necesarios a sus ministerios, fuesen enviados a la inmensas, casi ilimitadas regiones que no han recibido aún la buena nueva”.

III. EL CAMPO MISIONAL

El conocimiento cabal del problema misional exige no tan sólo el saber nuestro deber o el contemplar a grandes rasgos lo que la Iglesia hace, sino el conocer, lo más precisamente que un ligero estudio permite, el campo donde esa obra se desarrolla, los medios que emplea, los obstáculos que encuentra, las esperanzas para el futuro que la asisten. Es lo que en esta parte trataremos de bosquejar.

1) *¿Cuál es el campo misional?*

“Id por el mundo universo” (6). “Enseñad a todas las gentes”. Con estas palabras señaló Cristo el campo misional; es toda la tierra la que debe ser conquistada al suave yugo del Evangelio. Salida de las manos divinas, creada para su gloria, redimida por la sangre del Cordero inmaculado, la tierra entera es propiedad de Dios.

La conquista de ese campo ha sido ideal continuo que la Iglesia ha tratado de realizar desde Cristo a nuestros días, labor que si hubiéramos de describirla gráficamente podría presentarse como una línea jamás interrumpida, ya que la Iglesia ha permanecido siempre fiel al programa que su divino fundador le trazara, continuando en forma creciente a través de los siglos su obra evangelizadora.

La antigüedad cristiana vio establecerse a la Iglesia en los países mediterráneos, la Edad Media la contempló penetrando en toda Europa, los tiempos modernos asisten a su extensión en todos los lugares de la tierra.

Uno de los motivos que llenan de mayores esperanzas en la época actual al corazón católico, es el contemplar los pasos gigantescos que las mi-

(6) *Mt.* 28, 19.

siones han dado en el siglo pasado y en lo que va del presente. Del Oriente al Occidente y de un polo al otro se encuentran actualmente obispos, sacerdotes y fieles, y entre los pueblos sumidos en la sombra de muerte el espíritu católico penetra. Los Oblatos de María Inmaculada han plantado la Cruz en las regiones polares, entre los esquimales más septentrionales del mundo como para dar cumplimiento a las palabras proféticas del Salmo 18: "Por toda la tierra resonaron sus voces y hasta los últimos confines del orbe llegaron sus palabras".

No hay, puede decirse, en el mundo un territorio de alguna extensión y suficientemente poblado, sea entre los hielos del Norte o entre las islas perdidas del Pacífico, que no depende de algún pastor enviado por Roma para trasformarlo en tierra cristiana.

2) *Las tinieblas del error.*—

Pero... el triste pero de todas las cosas de la tierra, esta difusión maravillosa es sólo el *comienzo* de una conquista; el camino es largo, la tarea es inmensa.

En los momentos actuales, después de 1900 años de existencia, la Iglesia Católica ejerce su suave dominio espiritual *apenas* sobre una *quinta parte* de la humanidad. Una quinta parte de católicos, una quinta parte entre cismáticos y protestantes, *tres quintas partes* de infieles; tal es la división religiosa del mundo.

1.726 millones de hombres pueblan la tierra y de éstos tan sólo 305 millones son católicos, 158 millones cismáticos, 220 protestantes y la horrible cifra de *1.043 millones* de no cristianos.

1.726 millones de hombres ¿qué idea tienen de Dios? he aquí la respuesta: 1.043 millones de paganos ignoran al verdadero Dios, desconocen el mandamiento primero de su ley: "yo soy el Señor tu Dios, no podrás tener otro Dios fuera de mí". Cristo redimió al mundo, con su sangre divina y, sin embargo, el 61 por ciento de la humanidad no reconoce a Cristo como Hijo de Dios ante quien toda rodilla debe doblarse en el cielo, en la tierra y en los abismos.

683 millones creen en Cristo, pero de esos 378 millones son cismáticos o herejes que andan errantes lejos de la Iglesia Católica, único puerto de salud, y tan sólo 305 millones pertenecen al verdadero rebaño de Cristo.

¡Cuatro quintas partes de la humanidad marchan sin guía en el desierto de la vida y tan sólo una quinta se somete al dulce yugo de Cristo!

Estas cifras deberían aparecer diariamente ante los ojos de cada católico como una muda pero angustiada pregunta: "¿yo qué hago por dilatar el reinado de Cristo?".

"Se queda dolorosamente sorprendido, escribía Su Santidad Benedicto XV, al encontrar aún **hombres sentados en las tinieblas y sombras de la muerte**";

es ese ejército de mil millones de paganos que inquieta a los Sumos Pontífices, a tal punto que, según sus palabras, "les es imposible encontrar reposo a su espíritu".

Imaginémonos que el mundo pagano se colocase en una apretada fila, unos al lado de otros, la cadena humana que formarían daría 40 veces vuel-

ta a la tierra. Si hubiese de desfilar ese ejército delante de nosotros su paso continuo tardaría 25 años.

¿Quiénes lo forman?

Son los 13 millones de hebreos que aún repiten el grito deicida "no queremos que éste reine sobre nosotros", es el sintoísmo con sus 24 millones que domina en el Japón y cuya doctrina se resume en su sentencia fundamental "sigue tu naturaleza y obedece al emperador". Son los 138 millones de budistas que desorientan numerosos pueblos. Es el animismo con sus 158 millones de adeptos que veneran las fuerzas ocultas de la naturaleza. Son los 200 millones de hindúes, los 240 millones de mahometanos, los 270 millones que siguen al confucionismo.

Estas cifras que nos dan la medida religiosa del mundo deberían meditar de rodillas delante del Crucifijo.

Después que la ciencia ha explorado la tierra en todo sentido, que las potencias se han dividido el globo, sujetando a los pueblos y organizando el comercio de modo de aprovechar hasta el último pedazo de tierra, ¿qué se ha hecho en tanto por las almas?

Nuestros misioneros se desparraman por el mundo entero, su caridad ardiente penetra las selvas y cruza los desiertos, pero la mies inmensa ondea a lo lejos y los brazos generosos de la Iglesia se hacen insuficientes para la gran cosecha.

Si comprendiésemos mejor nuestro deber misional, nuestra obligación de orar y trabajar por estas tierras lejanas; si pensásemos en la sublime empresa que Cristo ha confiado a todos sus hijos al encomendarles la salvación del mundo ¡cuán pronto avanzarían las banderas del divino Rey!

IV. EL MISIONERO Y SUS AYUDANTES

Ante esta masa inmensa de paganos, ¿cuál ha sido la labor de la Iglesia?

Como dice S. S. Pío XI al comienzo de la Encíclica varias veces citada *Rerum Ecclesiae*:

"Al recorrer con atención los Anales de la Iglesia, no puede pasar inadvertido a ninguno cómo desde los primeros siglos del Cristianismo los Romanos Pontífices dirigieron sus principales cuidados y atenciones en difundir la luz de la doctrina evangélica y los beneficios de la civilización cristiana entre los pueblos que aún yacían en las tinieblas y sombras de muerte, sin detenerse jamás por las dificultades u obstáculos que se opusieran".

La avanzada del ejército misionario comenzó con los Apóstoles a cuya muerte otros tomaron de sus manos la bandera victoriosa de la Cruz para llevarla hasta los confines de la tierra. En todos los siglos se han enrolado falanges de voluntarios en el ejército de Cristo al servicio de las misiones y aún hoy, los católicos se presentan por miles para seguir el estandarte del Gran Rey.

El ejército misionero católico cuenta hoy, según las últimas estadísticas con 121.752 miembros, de los cuales 12.712 son sacerdotes, 4.456 hermanos, 30.756 religiosas y 73.828 coadjutores.

¿La razón de ser de este ejército? podría preguntarse alguien. Porque Cristo, Rey universal, lo ha querido, es la respuesta. ¿Su fin? Trabajar por Cristo, Rey de paz. ¿Su retribución aquí en la tierra? La misma que S. Pablo, el gran Misionero, narraba de él en su epístola 2ª a los Corintios (Cap. XI) "en caminos muchas veces, en peligros de ríos, en muchas vigilias, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez"; pero aún con el mismo Apóstol podrán añadir llenos de gozo "y yo de muy buena gana daré lo mío y me dará a mí mismo por vuestras almas".

Pero ante la enorme masa pagana ¿qué cosa significa este pequeño ejército sino una gota de agua en medio del océano? y es por esto que del campo en que trabajan se repite con más fuerza el urgente llamado: "¡más misionero al frente de batalla!".

12.712 sacerdotes ¿cuál será su campo de trabajo? Como lo demuestran los datos más recientes, el trabajo de cada misionero tiene como campo: en Asia 905 católicos y 107.000 paganos, en Africa 962 católicos y 46.000 infieles, en América (en territorios de misión) 2.007 católicos y 18.000 paganos, en Oceanía 554 católicos y 3.645 paganos.

La desproporción desalentaría si no se pensase que sobre ella está la gracia de Cristo, que con esa gracia divina triunfaron los apóstoles y con esa misma triunfará también el pequeño ejército misionero.

1) *El clero indígena*

En su Encíclica sobre las misiones ya varias veces citada, S. S. Pío XI daba importancia esencial a la formación del clero indígena y exhortaba a los prelados y vicarios apostólicos tratasen con todo empeño de promover en sus misiones respectivas esta obra de vital importancia y que puede justamente llamarse la flor más noble del trabajo misional.

Hoy más que nunca, en que un soplo de nacionalismo sacude el mundo, se hace más urgente en los países de misiones el establecimiento de una Iglesia indígena, de tal modo que puede decirse es hasta la solución al problema de la evangelización del mundo.

Esta Iglesia indígena es requerida por las aspiraciones humanas de base nacionalista a que me refería antes. Los paganos no se sienten atraídos por una iglesia de aspecto europeo. Es necesario comprender la mentalidad del hombre de color ante el catolicismo. Para ellos el catolicismo es sinónimo aparente de europeísmo, y el europeo en esos territorios dista mucho en su política colonial y en sus costumbres de inspirarse en los principios y en la moral de nuestra religión.

Si el catolicismo aparece ante los ojos paganos sinónimo de europeísmo se comprenderá fácilmente el peligro que esto trae para nuestra causa, pues, por una parte la opresión blanca se ha hecho sentir duramente en los países de misiones y por otra, la revuelta de oprimidos aumenta cada día mayormente. El triunfo cierto y próximo de las razas de color es un hecho incontestable ¿quién no ve las consecuencias desastrosas que tendría el tratar de hacer aparecer unidos, más aún, confundidos, la religión católica y el concepto de europeo?

Pero desde la nave de Pedro, el Vigía eterno vela por los intereses de la grey que le ha sido confiada, y la voz de los Pontífices resuena urgente para alentar la empresa gigantesca de la formación de un clero indígena.

“Porque en realidad un clero indígena numeroso y completo es la condición *sine qua non* del progreso constante de las misiones, es también y sobre todo el fin mismo de la empresa misionaria que consiste en plantar la Iglesia en tierra infiel y hacerla echar raíces en un suelo que debe llegar a ser suyo”.

Más aún, es como insinuábamos antes, el sólo medio de prevenir las terribles persecuciones que los nacionalistas exaltados podían a menudo provocar contra una iglesia de aspecto europeo y evitar así la ruina total de las misiones, ahí donde esos movimientos hubiesen ya arrojado a los misioneros extranjeros. Nadie duda que el acentuarse de las cuestiones nacionalistas, cada día más vivas, hayan determinado a S. S. Pío XI a escribir la segunda parte de su Encíclica *Rerum Ecclesiae*. Vuelve en ella a insistir en las normas de acción expresadas por su ilustre predecesor en la *Maximum Illud*, normas que son la simple aplicación de los principios del apostolado católico tan a menudo recordados por los Soberanos Pontífices.

La insistencia misma con la cual Roma ha repetido sus declaraciones y ha comenzado su trabajo muestra que ella ve en todo retardo una negligencia fatal. Es necesario inmediatamente cubrir el Asia, el Africa y la Océanía de grandes y pequeños seminarios, es necesario enviar ahí un gran número de profesores escogidos, es necesario desarrollar en proporciones increíbles todos los factores de la grande obra de la evangelización del mundo mientras aún es tiempo. El mañana es incierto.

V. OBRA MISIONAL EN LOS PAISES CRISTIANOS

Los países de misiones son en los momentos actuales, campos de intensa labor católica, de generoso esfuerzo de apostolado en las diversas manifestaciones que éste puede revestir: catecismo, escuelas, hospitales, orfanatorios, leproserías y, especialmente, el trabajo estrictamente misional, o sea, la predicación y la administración de los sacramentos. Pero esta labor, ¿es comprendida en el resto del mundo católico? ¿Encuentra cooperación en los países cristianos?

La voz de los Pontífices no ha resonado en vano, por doquiera han florecido asociaciones para ayudar sea espiritual, sea intelectual, sea económicamente a las misiones. Imposible sería enumerar la cantidad inmensa de esas asociaciones, bastará sólo nombrar las tres de San Pedro Apóstol para el Clero Indígena.

La primera, fundada en 1822, ha sido recientemente trasladada de su sede central de Lyon a Roma. Al cumplir un siglo de existencia mostraba la suma recogida en esos cien años y que alcanzaba a cerca de 50 millones de francos.

Al lado de estas tres obras pontificias, por no citar sino algunas de las principales, recordaremos la Asociación de S. Pedro Claver fundada por

la Condesa Ledochowoska, hermana del actual General de la Compañía de Jesús y la Unión Misionera del Clero fundada en 1916 por el P. Manna, del Seminario de Misiones Extranjeras de Milán, sobre el cual trataremos más adelante. Pasan de 240 las asociaciones florecientes en los países católicos para ayudar a la obra de la evangelización del mundo.

La exposición misional organizada por S. S. el año 1925, con ocasión del año jubilar, dio oportunidad a los 500 mil peregrinos que acudieron entonces a Roma de poder comprobar la difusión cada vez mayor que adquiere esta cruzada de conquista espiritual.

¿No deben estos datos estimularnos poderosamente también a poner nuestro grano de arena en la extensión del Reino de Cristo?

Al lado de este gran número de asociaciones misioneras se ha visto aparecer la publicación de numerosas revistas en favor de las misiones. Este desarrollo de publicaciones ha sido favorecido por el movimiento de la ciencia de misiones que tuvo su primer impulso en 1910 en Münster de Westphalia y que se dirigía especialmente a los hombres de letras y estudiantes. Las revistas fundadas durante estos tres cuartos de siglo, tratan en general de desarrollar en sus lectores un conocimiento más profundo de la obra de las misiones. Pasan de 415 las revistas sobre misiones que periódicamente se editan en Europa y Norteamérica.

Por sus descripciones de los países y sus habitantes, por su exposición de la situación religiosa de los pueblos paganos, civilizados o bárbaros, por sus datos sobre el comercio, la industria, la agricultura y las artes de esas lejanas tierras las revistas de misiones contribuyen a enriquecer nuestros conocimientos. Sus estudios sobre la creación y extensión de misiones, sus biografías de misioneros célebres, dan una preciosa ayuda a la historia de la Iglesia. Las ciencias profanas han sido a su vez beneficiadas con los artículos aparecidos en esas publicaciones. La vida de fe y el sentimiento del deber moral encuentran ahí nuevos estímulos y la caridad un inmenso campo de ejercicio.

1) *Ciencia misionera*

No sería completa la breve reseña que tratamos de dar sobre el movimiento misional católico en nuestros días si no dijésemos algunas palabras sobre el estudio científico de los problemas misionales. La ciencia de las misiones puede, según palabras de un ilustre religioso belga, definirse como

“el estudio y exposición crítica y metódica del apostolado cristiano, de sus principios, de sus normas, de un desarrollo efectivo” (17).

La ciencia de las misiones comprende por tanto dos ramas principales: la misionología, que es la exposición de los principios y leyes fundamentales del apostolado y la historia propiamente dicha, que es la exposición de los hechos con que ellos se relacionan.

Alemania ha sido el punto de partida de esos estudios, citaremos solamente el Instituto Internacional de estudio de misionología fundado en 1911 y al cual se deben interesantísimas publicaciones acerca de los trabajos de nuestros misioneros en materia de lingüística, etnología, geografía y cartografía, la organización de cursos y la celebración de semanas de misio-

nología. De especial importancia han sido también los Congresos que cada año se celebran en Lovaina bajo la sabia y entusiasta dirección del P. Pierre Charles, como igualmente la obra ahí mismo establecida entre los estudiantes conocida por sus iniciales con el nombre de la AUCAM, o sea, Asociación Universitaria Católica en Ayuda de las Misiones.

Que estos breves datos de la labor que en otras partes se realiza sirvan para encender nuestro entusiasmo y acrecentar nuestro celo.

VI. LA ACTUALIDAD DE LAS MISIONES

Nunca como en la hora actual ha resonado con más fuerza la voz de Cristo llamando a la gran obra del apostolado cristiano; es un hecho, dondequiera el mismo llamado estalla. Que se interroguen las cosas o que se escuche al Papa es siempre el mismo mandato perentorio; la hora es urgente, es necesario en el mundo entero preparar el camino a Cristo y a su Iglesia. Como admirablemente dice el P. Charles:

“por mucho tiempo habíamos creído que nuestra vida podía emplearse al servicio de los cristianos. Actualmente comprendemos mejor que ella debe emplearse al servicio del cristianismo. Y el cristianismo no es solamente el bienestar aún espiritual de los cristianos, es ante todo la necesidad de hacer cristianos a los que no lo son, es el camino hacia adelante, la Epifanía y Pentecostés, la manifestación de Cristo a los gentiles y la necesidad dolorosa y exaltante a un tiempo del mundo entero que se debe convertir”.

Es ahora mismo, y no en 20 o 30 años cuando debe desarrollarse un esfuerzo misionero de una amplitud sin igual en la historia del cristianismo. Es durante el presente siglo cuando la Iglesia pide a los países católicos una contribución extraordinaria para la obra de las misiones. Y si ella los invita a hacer grandes sacrificios es porque se encuentra ante problemas agudos por la urgencia que en todos se revela. Sí; para la obra de la evangelización del mundo hay urgencia extrema.

Urgencia porque dos mil años después de la venida de Jesucristo más de la mitad de la humanidad ignora aún a su Redentor y cada día *ochenta mil almas* mueren sin haber invocado al autor de su salvación.

Urgencia porque el protestantismo lleva hasta los confines de la tierra un mensaje falsificado y hace a la verdadera Iglesia una violenta oposición. Hay datos que realmente alarman sobre el avance protestante en las tierras de misión. En la India, por ejemplo, mientras el número de católicos se triplicaba el de los protestantes se multiplicaba por 10 y desde hace 25 años para cada japonés que abraza el catolicismo, 4 entran a las sectas protestantes. Es ya proverbial la abundancia del oro protestante: mientras la obra de la Propagación de la Fe al cumplir su centenario se gloriaba de haber recogido en ese tiempo 500 millones de francos, una sola secta protestante recogía en pocos meses para sus misiones la respetable suma de mil millones de francos, y así no es de extrañar las costosas obras que en esos territorios emprenden. China cuenta con 246 hospitales protestantes al lado de sólo 70 católicos. En la India aparecen 127 periódicos protestantes

contra 75 periódicos católicos y en todos los territorios de misiones, mientras 20 mil escuelas católicas abren el alma del pagano a la verdadera fe, 40 mil escuelas protestantes oscurecen los espíritus con una influencia religiosa, amorfa y vaga que no es sino el vestíbulo al nacionalismo y ateísmo. Si esto sucede en la enseñanza primaria, ¿qué diremos de la superior? Nos enorgullecemos los católicos de las 10 universidades creadas en tierras de misiones, pero no debemos olvidar que los protestantes, sin embargo, poseen 101.

Urgencia, sí, en la obra misional, porque no es sólo el protestantismo, sino también, el Islam quien hace que a millares de paganos no llegue la buena nueva del Evangelio de Cristo. Sólo en la India el 23 por ciento de la población escolar o sea, 1.824.364 alumnos aprenden la doctrina del Corán. En la misma India pasa de 60 mil el aumento anual de personas que se convierten al Islam. Los progresos de prensa musulmana proclaman la propagación rápida del Islam; en 1900 poseían 200 periódicos en 1906, 500 y en 1914, más de 1.000. Esta marcha progresiva debería preocupar a la opinión católica, quizás demasiado olvidada de la historia del mundo.

Urgencia en la obra misional, porque el bolchevismo ha emprendido una guerra sin cuartel a todas las instituciones de orden, mientras gana terreno en los países de misiones. En su V Congreso el año 1924 envía al proletariado del mundo entero un mensaje concebido en estos términos:

"Proletarios de Europa, os pedimos prestar más atención a la cuestión de las colonias. Las doctrinas revolucionarias de nuestro venerado Lenin deben ser comprendidas por cada campesino turco, por cada pastor persa, por cada nómada del Afganistán, por cada mendigo egipcio, así como por los dockers del Japón, los ferrocarriles chinos, los empleados de la Corea. La hora de la venganza se aproxima. Los trabajadores del universo unidos con los aprimidos de Oriente se preparan a trabar el combate decisivo".

De las palabras han pasado a los hechos, existe en efecto, un organismo central de propaganda que especialmente trabaja en los países de misiones. En 1924 la 3ª Internacional recibe una delegación de negros y nota inmediatamente el gasto de 100.000 rublos oro para la propaganda entre los negros. Y la última revolución china ¿qué otra cosa nos demuestra, sino la aplicación práctica del odio bolchevique a la religión? El balance de las calamidades sufridas por la Iglesia china de parte del general Feng Yu-Hsiang puede resumirse en algunas palabras: sacerdotes extranjeros y aún indígenas horriblemente asesinados, cristianos muertos u obligados a la apostasía, iglesias transformadas en salas de meetings comunistas, escuelas católicas cerradas u obligadas a enseñar las doctrinas comunistas, oficios sagrados prohibidos, propiedad de las misiones confiscadas, comedias y cortejos ridiculizando la religión al grito de "abajo la religión católica, abajo los sacerdotes, muera el pudor".

Pero el mundo debe pertenecer a Jesucristo. Si los enemigos se lo disputan no nos queda a los católicos sino anticiparnos en su conquista. Oponer propaganda a propaganda y, sobre todo, **cristianizar lo más pronto** y sólidamente las tierras aún libres del veneno bolchevique, he ahí el gran objetivo de las misiones católicas.

Urgencia en la obra misional, porque como poco antes decía el peli-
gro nacionalista arrecia y el dominio blanco entre los pueblos de color to-
ca a su fin.

Es a la generación presente a la que toca asegurar la posición de la
Iglesia entre los pueblos de color y abrirle los ojos sobre su catolicidad. El
gesto magnífico por el cual el Papa acaba de consagrar seis obispos chinos
es un hecho que realmente marcará época en la historia de la Iglesia. "Si
Godofredo Kurth viviese aún, escribe l'abbé Leclerq, con ocasión de
esta consagración, añadiría un capítulo a su libro *La Iglesia a través de las
vueltas de la Historia*. Esa nueva faz de la Iglesia acaba de superarla de nue-
vo con la misma segura intrepidez. Ella consiste, como lo hemos dicho, en
no identificar el catolicismo con la civilización que no es propia, pues, co-
mo escribe el P. Ives de la Brière,

**"jamás tendremos la fatuidad de pretender que nuestra civilización la-
tina sea la única conforme a las enseñanzas del Evangelio y de la Igle-
sia".**

VII. LA PARTE QUE NOS CORRESPONDE

Hemos expuesto hasta aquí brevemente el momento actual de las mi-
siones, mostrando el campo y el ejército misionero, la acogida que las vo-
ces de los Pontífices han encontrado en los países católicos y la urgencia de
la hora actual por los gravísimos problemas que la Iglesia tiene que afron-
tar en las tierras de misiones, sólo nos resta indicar brevemente, el modo
cómo podemos colaborar en esta cruzada de fe y de caridad.

Cruzada de fe la hemos llamado y creemos que el nombre le convenga.
Como dice un ilustre misionero:

**"Nuestra obra misional consiste en la fe puesta en práctica, fe viva que
se expresa por las buenas obras, fe sólida y convencida que da realmen-
te testimonio, fe eficaz que se traduce en acción. El espíritu de fe debe
informar y vivificar nuestros sentimientos por las misiones. La estima
que tengamos de la fe la mostraremos principalmente cumpliendo los de-
beres que nos ligan a la causa apostólica entre los infieles".**

La ayuda espiritual.— ¿Cómo podré contribuir a esa liberación espi-
ritual? ¿Cómo trabajar con fruto en esa unión de corazones y de espíritus,
en medio de esa diversidad de razas, que es la obra misionera de hoy día?,
se preguntará cada uno y se puede responder con las palabras del ilustre
P. Vilain:

**"Los individuos y las naciones están divididos por demasiados egoísmos
para poder unirse; sólo la gracia divina, más poderosa que las barreras
humanas, y que, dondequiera hace obra de caridad, podrá conducir la
humanidad a esa edad de la cual hablaba en un discurso reciente Rabin-
dranath Tagore: "cuando las colectividades de los hombres estén
concentradas en la Unidad del Hombre". Esa unidad es Dios, ese Hom-
bre es Cristo. Es por la participación de todos los hombres en la mesa**

eucarística al solo Cristo como la colectividad será reducida a la unidad. **Es por la Eucaristía como el mundo recibirá su forma de inmortalidad.** Que nuestra Misa y nuestra Comunión no sean, pues, solamente ejercicios individuales de piedad, sino que demos a esos actos vitales de la Iglesia su alcance católico.

“Cada día en la Misa, me es, pues, posible trabajar eficazmente en la redención del mundo. Ahí reconciliaré con Dios a mis hermanos paganos, ofreciendo por ellos los sufrimientos expiatorios de Jesús. Ellos aún no saben por dónde deben subir hacia Dios, yo lo sé por ellos y mi oración dicha en su nombre y clamando por su indigencia permitirá llevar al Padre esos pródigos que esperan su misericordiosa ternura.

“¡Señor, diremos, unid a nuestro sacrificio renovado por los hombres de hoy sobre este altar, los sufrimientos y los deseos de las muchedumbres musulmanas, de los pobres negros del Congo, de los fieles de Buda, de los sabios de la India mística, de los millones de almas inquietas del Extremo Oriente. Hacedlos santos a vuestro contacto, por vuestra humanidad semejante a la de ellos hacedlos participantes de vuestra divinidad.

“Que ellos posean por fin a ese Dios que confusamente aspiran ver tal como es, en su inefable hermosura.

“Pero no es todo. A la medida de mi unión con Cristo, estaré unido a Dios y a los hombres. Es pues, recibiendo la Hostia santa como pondré en comunicación con el universo. La comunión sacramental me hará participar en esa inefable comunión espiritual que une entre ellos y con El a todos los hijos de Dios. La pequeña hostia me pondrá en contacto íntimo con el Seminarista negro que en Lemfu comulga por la salvación del Congo, y con el estudiante de Pekín que sueña en el rescate de las **almas**”.

Amemos, sí, el orar siempre por las misiones, que nuestra oración sea una, viva, católica. Así-sea”.

ce el sacerdote diariamente al ofrecer el Cáliz del sacrificio, que sea un eco de la antigua plegaria de la oblación litúrgica usada en los primeros siglos:

“Por este sacrificio, sed propicios a todos nosotros Dios de verdad y como este pan otro tiempo esparcido por las montañas, una vez recogido ha llegado a ser uno, así congrega tu santa Iglesia, de toda raza, de todo país, de toda ciudad, de toda villa, de toda habitación y hazla la Iglesia verdaderamente *católica*, “pro nostre etotius mundi salute”, como di-

Ayudemos a las misiones, estudiando con amor e interés los problemas misionarios ligeramente indicados en el curso de este trabajo. Este conocimiento de las misiones se adquiere estando al corriente de la literatura y escritos misionarios donde se narran las luchas continuas del gran ejército apostólico, las empresas de los heraldos del Gran Rey en el mundo; los anales de la historia de las misiones son el martirologio de los tiempos modernos.

Ayudemos a las misiones con la limosna; nuestras limosnas demuestran el aprecio que tenemos a Dios, Jesucristo, la Iglesia y las almas, pues, sin duda, no podemos decir que nuestro corazón palpita por el Señor si tenemos cerrada nuestra mano para dar.

El Presidente de las Obras Misionales Pontificias, el Excmo. Mons. Celso Constantini, hace oír un llamado urgente de ayuda material a las misiones:

“Es necesario, dice, que dupliquemos nuestra caridad para hacer frente a las vastas destrucciones de nuestras obras misionales. La Obra de la Propagación de la Fe os tiende la mano llena de confianza.

Muchas Iglesias y residencias episcopales, muchos seminarios y escuelas, muchas casas parroquiales y conventos de religiosas, varios hospitales y dispensarios son actualmente un cúmulo de ruinas. ¡No importa! La idea cristiana no ha muerto; más aún, irradia mayor esplendor.

Muchos misioneros han perdido todo, menos la esperanza en Dios y la confianza en el auxilio del mundo católico; han sufrido el hambre, después de agotar sus últimos recursos”.

Ayudemos sobre todo a las misiones perteneciendo y trabajando activamente en alguna de las *obras pontificias misionales*.

Invitamos fervorosamente a nuestro amado clero secular y regular a pertenecer a la “Unión Misional del Clero”, enriquecida por la Santa Sede con tantas gracias y privilegios espirituales.

Recomendamos una vez más vivamente a los fieles ingresar en la Obra de la Propagación de la Fe, que a Dios gracias cuenta con tan abnegados celadores en la Diócesis y pedimos que en todas las parroquias y establecimientos se le de el mayor incremento.

Los niños, perteneciendo a la Obra de la Santa Infancia, aprenderán desde pequeños a amar la Iglesia e interesarse en sus problemas. En todas las escuelas primarias católicas de la Diócesis y en las preparatorias de todos los colegios deberá encontrarse establecida dicha Obra.

De un modo especial insistimos en la celebración del *Día Misional*, Domingo tercero de octubre. En dicho día, en todas las parroquias e iglesias, deberá predicarse sobre las Misiones, o bien leerse algún trozo de la presente pastoral. Promover la Acción Católica algún acto misional y hágase una intensa propaganda a fin de que los católicos ayuden generosamente al mantenimiento y desarrollo del apostolado en lugares de misiones.

En igual forma recomendamos la *Jornada del Dolor*, que cada año se celebra en la fiesta de Pentecostés y en la cual los enfermos ofrecen sus dolores y sufrimientos por la conversión de sus hermanos. Magnífica expresión de solidaridad humana y de hondo concepto cristiano del sufrimiento.

Ayudemos fomentando las vocaciones misioneras. Es la gran necesidad del momento. El sacerdote misionero es el alma, la fuerza y el secreto de éxito de la evangelización. Faltan sacerdotes en Chile, es nuestro continuo lamento, nuestra gran angustia. Pero, a pesar de eso, demos vocaciones misioneras. Dios premiará nuestra confianza y generosidad. Cuando una Diócesis da vocaciones misioneras, Dios retorna con creces dándole vocaciones para su clero secular.

El Episcopado Chileno para agradecer debidamente el éxito del VIII Congreso Eucarístico Nacional de 1941, acordó la fundación del Seminario de Misiones. Demos a este Seminario nuestra cooperación y, sobre todo, demosle vocaciones misioneras y santas.

1) *La hora undécima*

En el movimiento misional la aguja del reloj señala la hora undécima, y, Jesús nos repite las mismas palabras que a los operarios de la parábola: *Ite et vos in vineam meam*" (7), su viña son las almas, es el mundo que es necesario evangelizar, es la tierra envejecida que debe resurgir al soplo de su Evangelio de Vida.

"Redemist mundum" (8). No comprenderemos al Cristo Redentor que nace en Belén si permanecemos extraños al fin capital de su obra, y no encontraremos la felicidad de las bienaventuranzas si nuestra alma no es un alma de misionero.

Despertemos en todos los pechos católicos el amor ardiente a la causa de las misiones, ella nos hará palpar la belleza sublime de nuestra madre la Iglesia romana, "una, sancta, catholica, apostolica", ella pondrá en nuestra alma el generoso deseo de cooperar a la obra redentora de Cristo, ella despertará por doquiera el ardor apostólico de la salvación de las almas y hará que de todos los corazones brote una plegaria continua al Padre de las misericordias para que en día no lejano la humanidad toda entera "una voce, sine fine" (9) cante el triple *Sanctus* de adoración al único Dios verdadero a aquel Rey pacífico de quien canta la liturgia del Adviento:

"O Oriens, splendor lucis aeternae et sol justitiae veni et illumina sedentes in tenebris et umbra mortis" (10).

(7) tr.: "vayan también ustedes a mi viña", *Mt. 20,7*.

(8) tr.: "redimiste al mundo".

(9) tr.: "a una voz, sin cesar".

(10) tr.: "¡Oh, Oriente, esplendor de la luz eterna y sol de justicia, ven a iluminar a los que están sentados en tinieblas y sombras de muerte!".

—:—

JUVENTUD CATOLICA FEMENINA, AJCF UNA NUEVA JUVENTUD PARA CHILE Y PARA CRISTO (1) (15 - V - 1946)

Tal fue el grito que resonó hace dos años por las calles de esta ciudad de Talca y cuyo eco vibró por todo Chile.

La Juventud Católica Femenina celebraba su XIII Congreso Nacional y el lema que animaba sus sesiones era el que estas líneas encabezan: "Una nueva juventud para Chile y para Cristo".

(1) D M, p. 3.

Y en realidad el lema es la más bella expresión de este movimiento que hoy cumple sus 25 años de existencia. Es una juventud.

Como tal tiene la vida, el entusiasmo, la generosidad; juventud de años y espíritu. La misma en que el salmista junto al altar de Dios, renueva su alma.

Juventud que sabe que la vida no es mediocridad y por eso se da generosa.

Juventud que sabe que una época declina y sabe mirar de frente, cara al sol, la que nace.

Juventud que no se sienta a llorar sobre tumbas, sino tiene por el contrario la decisión firme de construir un mundo mejor.

Y es una juventud nueva, o sea, la que corresponde a los tiempos que vivimos. La que sabe que cada generación tiene una misión y la cumple, la que trata en esta época difícil de la historia de realizar lo cristiano en lo humano, de unir lo católico, de mostrar lo que se quiere ser; no **extraños al mundo** que nace, sino testigos vivientes de Cristo ante nuestro tiempo, para dar a lo temporal sentido eterno y a lo humano proyección sobrenatural.

Es juventud para Chile, porque siente y vive a la vez el poema y la tragedia de chilenidad. Su acción se encarna en la realidad chilena, en su historia pasada y en su destino futuro, en el paisaje agreste de sus valles costinos y en el ritmo febril de sus ciudades.

No hay pueblecito pequeño, o apartado caserío que no contemple el desfilar de sus boinas blancas y la acción silenciosa de esa juventud que corre toda la longitud de Chile tejiendo un poema de dulzura, caridad y bien, en la trama profunda de nuestra vida nacional.

Es juventud para Cristo.

La que comprende que el mal que sufrimos viene de la ausencia de su espíritu.

La que sabe que sólo el cristianismo hondo puede remediar nuestros males. La que no quiere un cristianismo meramente decorativo, externo, rutinario, sino un pensar de evangelio, un copiar a Cristo en nuestra existencia, un vivir en el espíritu del que sólo es camino, verdad y vida.

Juventud para Cristo, que siente todos los dolores e inquietudes de su tiempo y aplica sobre ella el bálsamo del "Mandamiento Supremo". Que tiene ansias de conquista y por eso no teme a las renovaciones sociales, sino sale al encuentro de ellas para darles la solución que Cristo y la Iglesia le señala.

Juventud nueva para Chile y para Cristo.

Su vigesimoquinto aniversario la encuentra en la ruta que sus fundadores le trazaron.

Su presencia en la patria tiene el significado de una realidad de fe vivida y de alborear de sal cristiano sobre esta tierra chilena.

ACCION CATOLICA Y REALIDADES MODERNAS (1)
(14 - XII - 1947)

I. *Necesidad de discernimiento*

Tiene esta asamblea que ahora celebramos el doble sentido de un examen y de un programa. De una mirada sincera al pasado y de un valiente enfrentarse con el futuro.

No podría ser de otro modo.

La Iglesia actúa siempre en este doble movimiento; de la tradición que le entrega la rica lección de la experiencia y de la inquietud apostólica que le señala los vastos horizontes de la conquista.

Si uno de estos dos elementos falta, la acción deja de tener su hondo y verdadero sentido.

Si únicamente se mira al futuro olvidando la sabiduría que brota de la experiencia, fácilmente podrá caerse en ilusorios programas o en demagógicas promesas.

Si, de otra parte, se cierra los ojos a las realidades presentes, a las perspectivas futuras, a la evolución que la humanidad experimenta y se "confunde lo tradicional con lo justo" (2), lo eterno e inmutable del Cristianismo con lo que es solamente temporal y accesorio, lo absoluto del mensaje evangélico con lo relativo de las formas en que éste se realiza, caemos en la inmovilidad de una posición que ahoga todo espíritu de empresa y de conquista.

La voz del Apóstol nos advierte, diciéndonos: "no apaguéis el espíritu; sino probadlo todo y conservad lo que es bueno" (3). Y haciéndose eco de ella San Irineo nos repite:

"la enseñanza que hemos recibido de la Iglesia, es como un depósito precioso encerrado en un vaso excelente. El Espíritu lo rejuvenece siempre y comunica su juventud al vaso que lo contiene" (4).

La Tradición que los católicos amamos y defendemos con todo nuestro ser, la Tradición con mayúscula,

(1) Discurso pronunciado en la Asamblea General de la Acción Católica Diocesana en Talca. Publicado en: Ed. "Casa Hogar San Pancracio". Santiago, 1947, 49 p.

(2) Mons. Montini al Presidente General de la A. C. Italiana. Sept. 1947.

(3) *1 Ts.* 5, 19.

(4) *Adv. Heres*, III 24 I.

“es del todo diversa a la transmisión mecánica de una cosa inerte. Es la comunicación viva y la manifestación progresiva, bajo el control infalible del Magisterio, de una verdad global de la que cada edad descubre un nuevo aspecto” (5).

Porque así concebimos la acción de la Iglesia, tanto la Jerárquica como la de los laicos que a ella participa, porque sentimos la urgencia de esta hora en que una nueva civilización se crea, porque comprendemos que el faltar a nuestra misión de dar a un mundo en formación las verdades eternas e inmutables adaptándolas a sus necesidades y problemas, sería algo inexcusable, es que en esta asamblea quiero dirigirme a toda la Acción Católica de mi Diócesis, para fijar algunos conceptos, esclarecer otros y señalar las orientaciones que nuestra actividad apostólica debe seguir.

II. *La Acción Católica tiene como objeto propio el apostolado*

Hay una palabra que resuena vibrante en las reuniones jocistas y que señala el lema de la Acción Católica: “Volveremos a hacer cristianos a nuestros hermanos”. Ahí está claramente expresada la misión apostólica de nuestra acción.

Frente a un mundo paganizado, la Iglesia toda entera, Jerarquía y fieles, toma conciencia de la misión que le corresponde y en vista de ella organiza su labor; no una labor de mera defensa que aísla al católico de su ambiente encerrándolo en múltiples obras y dejando afuera a los que no participan de la vida cristiana, sino una labor de penetración mezclándose al ambiente, dando en medio de él el testimonio cristiano y substituyendo así el concepto pagano por el concepto integralmente cristiano de la vida.

La preservación del mal no se hará así por aislamiento del ambiente, sino por la conciencia claramente formada de la tarea apostólica que en dicho ambiente le corresponde llenar.

La Acción Católica es primariamente apostolado, lo que significa que ella es participación y colaboración a la acción pastoral del Obispo. “El Obispo desempeña en la Iglesia una doble función, una función litúrgica y una función Pastoral. El representa a su rebaño delante de Dios para adorarlo en su nombre. El representa a Dios delante de su rebaño para desarrollar en él la vida sobrenatural. Ahora bien, la Acción Católica participa a la función pastoral del Obispo, o sea, siguiendo la expresión de S. S. Pío XI al Cardenal Van Roey: “pastorale ministerium quodanmodo complet”, “el apostolado de los fieles completa en cierta manera el ministerio pastoral” (6). El apostolado que es uno en su origen y en su fin tiene, pues, dos órganos para ejercitarse: el eclesiástico y el laico; el uno, de derecho divino; el otro, de colaboración a dicho apostolado jerárquico. Diferenciación clara, que de una parte muestra al seglar la grandeza de la misión que le corresponde desarrollar y de otra señala al sacerdote la inmensa fuerza que viene en su ayu-

(5) Cardenal Suhard. Pastoral de Cuaresma, 1947.

(6) Thiberghien. *L'Action Catholique*.

da, no para limitar su apostolado, sino para completarlo y dar a esa función su pleno desarrollo.

Yo he querido destacar estos conceptos, pues hoy más que nunca es necesario que la Acción Católica sea puesta en relieve ante sacerdotes y seglares para mostrar su importancia trascendental.

He querido también hacerlo, porque el olvido o la desfiguración de su fisonomía verdadera puede impedirle realizar la misión salvadora que a la Acción Católica corresponde en el momento actual.

Si los seglares olvidan que su fuerza y su grandeza la sacan de ese contacto vital con la Jerarquía, tendremos una acción que, desprovista de su savia, pronto irá a secarse y perder su energía sobrenatural.

Si el sacerdote olvida la personalidad propia que este movimiento posee y quiere convertirse en la persona que tiene toda la iniciativa, la decisión y el control, tendremos fácilmente una organización separada del ambiente y, por tanto, artificial, un apostolado que no llega a la multitud que lo requiere, una obra, pero no *un movimiento apostólico de los seglares* que es la esencia de la Acción Católica.

Si ambos, sacerdotes y fieles, no miran a la Acción Católica desde este ángulo netamente apostólico, que constituye su nota primera, fácilmente la organización tomará su lugar sobre lo vital, lo burocrático sobre lo apostólico, la letra sobre el espíritu, para tener una obra que, reducida a estrechos horizontes, pierda su dinamismo y fuerza expansiva de conquista.

III. Responsabilidad y misión del seglar

De este concepto apostólico de la Acción Católica brotan varias y fundamentales conclusiones que es necesario, al menos, indicar.

La finalidad suprema a la cual todo apostolado se dirige, es el advenimiento integral del reino de Cristo en la caridad.

Para realizarlo, Dios ha suscitado dos fuerzas en su Iglesia: el sacerdocio y el laicado.

De la misión sacerdotal: de enseñanza oficial de la verdad y administración de los sacramentos, no es del caso ahora tratar. Ella es y será siempre la dispensadora auténtica de los misterios de Dios.

Nos corresponde, en cambio, hablar e insistir sobre la misión del seglar.

Para que el ambiente se haga permeable al Evangelio de la Caridad de Cristo, para que la verdad que el sacerdote enseña pueda ser escuchada y la gracia que distribuye, recibida, se necesita la acción del seglar.

Idénticas en su fin, la acción sacerdotal y la del seglar, son diversas en sus formas.

Establecer las necesarias distinciones para mostrar la necesaria armonía y coordinación es algo indispensable para el normal y correcto funcionamiento de nuestra Acción Católica.

La importancia y trascendencia del pensamiento de los últimos Pontífices sobre la misión del seglar es necesario comprenderlo y profundizarlo.

Podríamos así resumirlo: sólo el seglar puede conquistar su propio ambiente seglar, ya que el sacerdote no tiene contacto directo con él. El sa-

cerdote puede predicar elocuentemente contra el paganismo moderno, proclamar los derechos de Dios y la realeza de Cristo, pero sólo el seglar puede reivindicar esos derechos y proclamar esa realeza en su propio ambiente. Mientras Dios no sea llevado a las instituciones temporales por aquellos que pertenecen a ellas, su lugar permanecerá vacío.

Para desempeñar esta misión el laicado recibe de la Jerarquía un mandato, y es ese *mismo laicado* el que *adaptándolo* a sus diversos medios lo ejecuta y realiza.

Tienen, pues, los laicos en su propio apostolado una verdadera dirección, dirección subordinada, ya que debe ejercitarse dentro de los límites del mandato jerárquico, pero que en nada quita la responsabilidad e iniciativas dentro de la propia dirección.

He hablado de iniciativas y quiero precisar el concepto.

Cedo la palabra al Padre Montcheuil, en el capítulo de su obra *Mélanges théologiques* que lleva por título "Rol del cristiano en la Iglesia"; dice así:

"De ningún problema cristiano que se presenta en el mundo de hoy el seglar puede decir: esto no me concierne porque hay una jerarquía para ocuparse de él. Si pertenece a la autoridad responsable el dictar las soluciones en la medida que las juzga útiles, también pertenece a todo fiel el sentir los problemas como suyos y si así no los siente es que no vive integralmente en cristiano, es que aún no está plenamente asimilado a la Iglesia y resta parcialmente extranjero a su Cuerpo".

Pero ¿cuál sería el valor o la sinceridad de esta preocupación del Todo si no engendrara una voluntad de participar a la obra efectiva de ese Todo? El seglar, ¿permanecerá siempre pasivo, esperando pasar a lo activo a que la autoridad lo ponga en movimiento?

No, dice el Padre Montcheuil, porque respecto a la autoridad hay dos formas diversas de dependencia.

"A veces la iniciativa viene de arriba bajo la forma de una orden que es necesario ejecutar. Aún ahí el ejecutante es activo, porque necesita, para ser fiel verdaderamente a una orden, el comprenderla, no sólo en su tenor material, sino en su función y en su contexto. Por otra parte, si la orden fija un fin que hay que alcanzar, *ello no determina necesariamente los últimos medios concretos*. Cuanto más inteligente es la autoridad, tanto más deja el campo libre a la inteligencia del ejecutante".

"Pero hay otra forma de dependencia; aquella en que la iniciativa de la acción tiene su fuente en el subordinado mismo, reservándose la autoridad el juzgar la obra emprendida para aceptarla, aprobarla o, al contrario, rechazarla o condenarla".

Concebir, por tanto, a los dirigentes seglares como meros ejecutores sería desconocer la función misma de la Acción Católica.

La frase de Su Santidad Pío XI "La Acción Católica es ejecutiva en el orden práctico y no directiva en el orden teórico", tiene precisamente este significado. O sea, *dentro* de las directivas superiores, sea que nazcan de la Jerarquía, sea que ésta las acepte, y *precisamente para ponerlas en práctica*, cabe a la Acción Católica dar sus propias y particulares directivas.

Por tanto, ni laicismo, que pretende independizar a los seglares de la Jerarquía, ni clericalismo que hace invadir a los sacerdotes el campo de los seglares, sino coordinación de ambas formas del apostolado, en una acción donde el sacerdote asiste, inspira y mueve y el seglar da cumplimiento al mandato recibido, santificando y cristianizando el ambiente; ambos unidos en una finalidad suprema y común: el reinado de Jesucristo en las almas.

Deseo terminar este punto con un pensamiento tomado de un interesante trabajo del Padre Varillon, S. J., Asesor General de la Acción Católica de la Juventud Francesa, titulado Sacerdocio y Laicado:

“La Iglesia, dice, conoce hoy una alegría e inquietud comparables a la alegría e inquietud del padre de familia que ve crecer a sus hijos y pasar, a través de la crisis de la adolescencia, de la infancia, a la madurez. La Iglesia es Madre y no maternalista. Ella se alegra de ver crecer a sus hijos. Su alegría y su juventud”.

¿No son, acaso, magníficamente perceptibles en este pasaje del discurso que pronuncia el 20 de febrero de 1946 S. S. Pío XII ante los nuevos Cardenales?

“Los fieles, decía el Papa, y más precisamente los laicos, se encuentran en las primeras líneas de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana. Ellos, por consecuencia, ellos, sobre todo, deben tener siempre una conciencia más neta, no solamente de pertenecer a la Iglesia, sino de ser la Iglesia, o sea, la comunidad de los fieles sobre la tierra, bajo la guía del Jefe común, el Papa, y de los Obispos en comunión con El. Ellos son la Iglesia y de ahí viene que desde los primeros tiempos de su historia los fieles, con el consentimiento de sus Obispos, se han unido en asociaciones particulares en relación con las manifestaciones más diversas de la vida. Y la Santa Sede no ha cesado de aprobarlos y alabarlos”.

IV. *Características de una Acción Católica real*

Esta Acción de los laicos, íntimamente ligados a la Jerarquía, trabajando en un gran esfuerzo apostólico por establecer en el mundo el imperio de la caridad de Cristo, presenta en estos momentos características especiales y definidas que es necesario claramente recordar.

Primero, debe ser un movimiento *auténticamente cristiano*, e inspirado plenamente en el espíritu de la Iglesia.

La Acción Católica, lo hemos dicho, tiene como nota primera el ser apostolado. Debemos penetrar en esta idea. El apostolado no es la mera actividad natural. Se es apóstol en la medida en que el alma está llena de caridad sobrenatural, para derramarla en otros. El apostolado es la prolongación de la obra redentora. Las almas no se salvan sino por la Cruz de Cristo. En la medida en que el apóstol vive de la vida divina y participa al misterio de la Cruz realiza su obra salvadora.

Yo debo decirles a los socios de la Acción Católica, con absoluta claridad: lo que el mundo necesita hoy antes que nada es una inyección pode-

rosa de espiritualidad y no de una espiritualidad vaga y amorfa, como a veces se habla, sino de la única y fecunda: la de Cristo.

No es presentando un Cristianismo disminuido, reducido a unas cuantas normas morales, como vamos a atraer las almas, sino presentándolo en su realidad sublime; misterio insondable de comunicación de Dios con el hombre, donde Dios se humaniza para que el hombre suba hasta Dios. Es presentando el escándalo, la locura de la Cruz, cómo el mundo fue salvado en la edad apostólica, y cómo ha seguido siendo salvado en las grandes crisis de la historia. Son los santos, los que en último término han dado y siguen dando la fisonomía de Cristo a la época en que viven.

Y no se crea que estoy haciendo aquí una predicación de tipo religioso, estoy únicamente señalando la base indispensable para que nuestra acción dé el fruto debido que de ella se aguarda.

Las falsas místicas que en los últimos tiempos han pretendido y pretenden dominar al mundo no podrán ser superadas sino con la única y verdadera mística; la cristiana.

Hoy, como ayer, la doctrina integral del apostolado es exigente. Vivirla en plenitud requiere igualmente tanta caridad interior como actividad externa, tanto amor por Dios como celo por las almas.

El apostolado integral exige *la unión sincronizada y actual* de la contemplación y de la acción.

El mal que el mundo sufre es muy profundo para poder pensar que podemos sanarlo con remedios superficiales y ligeros. Quienquiera que sienta la angustia del mundo pesar sobre su espíritu, tendrá que ir a buscar en una intensa vida sobrenatural la solución a esos problemas.

“Toda reforma verdadera y durable, en último análisis, escribe Pío XI, ha tenido su punto de partida en la santidad, en hombres que estaban inflamados en amor de Dios y del prójimo. Generosos, prontos a todo llamado de Dios, ellos han crecido hasta llegar a ser las luces y los renovadores de su tiempo. Ahí, al contrario, donde el celo reformador no ha brotado de la pureza personal, sino era la explosión de la pasión, ha turbado en lugar de clarificar, destruido en lugar de construir, y ha sido más de una vez el punto de partida de aberraciones más fatales que los males que pretendía remediar” (7).

Porque esa característica debe tener la Acción Católica, yo llamo una vez más a mis fieles a poner en ella *primera y principalmente* su confianza para la verdadera y eficaz solución de nuestros problemas y dar a ella, *primera y principalmente* su actividad.

La Acción Católica, en *segundo* lugar, *debe ser abierta*. El apostolado es llevar el testimonio de Cristo ante aquellos que lo ignoran.

“A mí, escribe el Apóstol, me ha sido dada esta gracia; el anunciar a los gentiles las investigables riquezas de Cristo e iluminar a todos”.

La Acción Católica ha de tener mirada amplia para contemplar el campo inmenso que se extiende ante su vista, y corazón inquieto para ir en busca de los que ahí esperan su mensaje.

(7) Encíclica *Mit brennender Sorge*. (“Con ardiente solicitud”).

La Acción Católica, que se encierra en un grupo determinado de almas piadosas y deja abandonadas a las que están fuera, olvidando que su misión es amplia y universal como la redención de Cristo, que cree contaminarse al actuar sobre medios indiferentes u hostiles, no ha comprendido lo vasto del mensaje evangélico ni sentido el clamor de las almas que la esperan.

Una A. C. de tipo verdadero apostólico ha de tener esa amplitud de mente y de corazón que viene del imperio de la caridad en ellos.

Todos los hombres están llamados a ser hijos de Dios. Para todos ha muerto Jesucristo. La Acción Católica ha de preparar los surcos donde pueda el grano de la verdad arrojarse y fructificar.

Pero esto requiere un espíritu abierto, que sin ceder en nada a los principios, sea comprensivo de las posiciones opuestas, que muchas veces tienen un fondo de verdad aunque desfigurado, que sepa explicarse sus reacciones, que sea respetuoso de la libertad y de la dignidad de las personas a las que queremos hacer llegar el mensaje evangélico.

"La vida cristiana no se impone, se propone". "Los cristianos son fervientes de la libertad, de la justicia y del amor". "El Dios de los cristianos no quiere ni acepta sino libres adoradores".

Así ha dicho ese gran hombre de Iglesia que se llama el Cardenal Saliége.

Yo quiero que así sea mi Acción Católica, firme en su fe, inquieta en su esperanza, amplia y dilatada en su caridad. No la quiero con estrecheces de mente, ni prejuicios de clase, de raza o de partido. La quiero amplia y abierta como el corazón de los Doce, como el de Pablo, para el cual no hubo distinción de griego, bárbaro o judío, que supo llorar con los que lloran y alegrarse con los que se alegran, que supo ver sobre los prejuicios de su pueblo el mundo inmenso de los gentiles que se extendía ante su vista y fue en su busca, que predicó ante los representantes de la filosofía pagana al Dios desconocido, que dejó oír su voz en sinagogas, en plazas y tribunales, que se sintió deudor de sabios e ignorantes, que obedeció al llamado misterioso del pagano que en sueños le decía: "ven en nuestra ayuda", y que mereció, por la amplitud de su caridad, que de él se dijera "que el Corazón de Pablo es el Corazón de Cristo".

La Acción Católica que se enquistas y se cierra; pierde su vuelo apostólico y su actividad, a menudo, se reduce a repetir la plegaria farisaica ante el publicano: "Gracias, oh Dios, que no soy como éste" (8).

En *tercer lugar*, la Acción Católica *ha de encarnarse*. Un gran misterio preside la historia de la humanidad y de la Iglesia. "El Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros" (9). No solamente habitó, "quiso en todo asemejarse a sus hermanos".

Ante el mundo actual, lo acaba de decir el Cardenal Suhard, Arzobispo de París: el apostolado debe ser adaptado. Adaptación que no significa ni acomodarse con el error, ni mutilación del mensaje evangélico, sino simplemente el encarnarse en medio de los ambientes a la manera de la leva-

(8) Lc. 18, 11.

(9) Jn. 1, 14.

dura en la masa, que sin desnaturalizar a ésta la hace completamente fermentar.

Cristo Nuestro Señor, no predicó su Evangelio en abstracto, sino en relación íntima con los problemas humanos y materiales.

Como hombres somos del ambiente y el hecho de ser cristianos no nos retira de él. Todo lo del ambiente nos pertenece. La palabra de Terencio hay una vez más que repetirla: "nada de lo que es humano lo reputo extraño a mí".

Como cristianos tenemos misión de santificar ese ambiente, pero para eso se requiere que seamos del ambiente, que estemos en él, que realicemos en medio de él con la palabra y con la vida el mensaje salvador de Cristo. Sólo así el ambiente se cristianizará.

Pero esto exige la preocupación y el interés por todos los problemas del ambiente, no sólo los espirituales y morales, sino igualmente los de orden material y temporal.

En esta forma haremos el terreno permeable a la gracia de Cristo.

Somos depositarios de un mensaje eterno que hay que distribuir en el tiempo.

Somos depositarios de una vida divina que hay que entregar a los hombres. Necesitamos conocer y mezclarnos a ese tiempo y a esos hombres.

"Esta es la hora providencial, escribe el gran apóstol jocista, el Canónigo Cardijn, en la cual el misterio de la Encarnación y de la Redención toman una amplitud y una profundidad insospechables. Es este misterio el que el clero y el laicado tienen que vivir hoy con una intensidad, un dinamismo, un hasta el sumo, sin límites".

La palabra "espiritual" en San Pablo, no significa la idea abstracta de espíritu. El concepto platónico de nombre, reemplazando al aristotélico, nos da un espiritualismo desencarnado del pensamiento que fácilmente decaerá en el mero formulismo religioso o en el laxismo moral.

Cristo no vino sólo a salvar las almas, sino a los hombres; cuerpo y alma. El olvido de esta idea puede llevarnos a falsas espiritualidades en la piedad y a lo que podríamos llamar pecado de "angelismo" en la acción.

Hay que encarnarse en el ambiente para espiritualizarlo.

"Si los cristianos, dice el Abbé Declercq, no tienen sobre las realidades terrestres ideas justas o actitudes inteligentes, serán un escándalo permanente para los hombres de este tiempo y retardarán en la misma medida "aquel reino de Dios sobre la tierra", que Nuestro Señor Jesucristo nos ha hecho cada día pedir". "No es verdad que la naturaleza y la gracia se opongan; que cuanto más se da a la gracia menos se da a la naturaleza y viceversa".

"Lo que es verdad es que son infinitamente distintas y que sería ridículo el pretender adicionarlas; Dios las ha querido complementarias, subsistiendo en nosotros en una interioridad mutua que las une en lazo indisoluble".

La gracia no se alcanza y no se vive aquí abajo sino en la naturaleza. Nuestra obra propia de Iglesia, que es del orden de la gracia y de lo eterno,

sabemos bien cómo está ligada a las condiciones de la naturaleza y de lo temporal.

Pretender realizarla con una mirada de oposición, con un pensamiento de subestimación, de desprecio por los valores creados y transitorios, es ofender al Creador, es olvidar al único Amor que se encuentra en el principio de la naturaleza y de la gracia”.

La Liturgia de la Iglesia en su lenguaje sublime nos hace pedir el Domingo IV, después de Pascua, “ut inter mundanas varietates ibi nostra fixa sint corda ubi vera sunt gaudia” (10).

El Cardenal Suhard, en su magnífica pastoral de Cuaresma, nos dice: y yo pido a mi Acción Católica retenga estas palabras:

“Cristo no vino a excomulgar el mundo, sino a bautizarlo en su sangre. De ahí que el cristiano tiene no sólo derecho, sino el deber de completar la creación y de trabajar en la ciudad de aquí abajo”

“Lo temporal, añade Mouroux, es una realidad herida que hay que amar con un amor redentor”.

Y continúa: “Amar las criaturas de Dios, el esfuerzo humano, las alegrías humanas es no solamente permitido sino mandado; hay que hacerlo para asemejarse a Cristo y cumplir su deber. El cristiano ama lo temporal como algo que debe ayudarlo a alcanzar a Dios. Porque el cristiano no es un cobarde que teme apagar la vida, ni un débil que no se atreve a enfrentar la dicha, ni un vencido. Es un hombre lúcido y decidido que sabe que todo debe ser purificado, la naturaleza, el trabajo, el amor, la persona misma y que con Cristo es capaz de purificarlo todo” (11).

A mi Acción Católica le digo y repito: no la quiero únicamente encerrada en los templos, sino actuando en el mundo; no la quiero sólo con la mirada en el cielo, sino también con sus pies sobre la tierra; no la quiero llorando sobre tiempos idos, sino solícitamente atenta a los tiempos que vienen. Quiero que ella viva en plenitud el dogma del Cuerpo Místico y que sepa encontrar a Cristo en nuestros hermanos; quiero que mire a la creación y todo lo que en ella existe como un inmenso signo en el cual ha de leer el plan amoroso de Dios sobre el mundo; quiero que, siguiendo las huellas del Dios humanado, se encarne en su ambiente, tomando sobre sí sus angustias, inquietudes, preocupaciones y dolores; quiero que sean sal en la tierra de la vida humana para preservarla y levadura en la masa de nuestro tiempo para levantarlo hacia el Señor.

Así tenemos una Acción Católica, no creada sobre cuadros imaginarios y teóricos, sino sobre la realidad de la vida. No, sobre planes apriorísticos, que no pueden realizarse, sino sobre la rica lección que la experiencia nos ofrece. Una Acción Católica que porque está en medio de la vida formará cristianos reales, los organizará en sus ambientes reales y los hará actuar en el interior mismo de esos mismos ambientes.

Así se cumplirá lo que en hermosa y viva comparación dice el Canónigo Thiberghien:

(10) Tr.: “que entre la variedad de las cosas del mundo ahí estén fijos nuestros corazones donde están las verdaderas alegrías”.

(11) J. Mouroux: *Le sens chrétien de l'homme*.

"Se me preguntaba recientemente: ¿el apostolado moderno es una pesca con anzuelo o con red?" Yo respondí: "ni una ni otra cosa. En realidad no se pesca, porque no se trata de sacar al pez del agua; se le deja donde está... y se cambia el agua".

La A. C. debe, *en cuarto lugar, ser misionera.*

¿Qué pretendo expresar por esta palabra?

Dos ideas que están en la base del Evangelio, una, y de la realidad la otra.

"No he venido a buscar los justos sino los pecadores" (12).

"He venido por las ovejas que habían perecido de la Casa de Israel" (13). Ellas resuenan en el fondo de toda alma apostólica. Ellas les hacen levantar la cabeza y contemplar las mieses que ya blanquean para la cosecha.

Hay un movimiento misionero estrictamente dicho, que resume el esfuerzo de la Cristiandad para esparcir el Evangelio de Cristo en las tierras de infieles.

Hay otro movimiento misionero en un sentido más amplio, que mira no sólo a esas tierras paganas, sino a aquellos ambientes y medios donde el espíritu de Cristo aún no ha penetrado, o solamente ha penetrado externamente.

El misionero es todo aquel que va a establecer una cristiandad en un país o en un ambiente que aún no la posee.

Si miramos el mundo actual, contemplamos tantos sectores donde el espíritu de Cristo está ausente, donde el materialismo más crudo reina, donde la simiente evangélica no ha fructificado aún.

Por Acción Católica misionera quiero señalar un apostolado universal y no limitado. Un esfuerzo intenso que trata de llevar al redil a todos los bautizados y no tan sólo a unos pocos. Una acción que se dirige no tanto a conservar tímidamente a los que no han errado, cuanto a volver a ganar a las ovejas perdidas; una acción toda conquistadora, donde el mandato primero y principal de la ley divina: "Amarás a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a tí mismo", encuentra ahí su plena aplicación (14).

Por Acción Católica misionera, quiero también indicar la necesidad de utilizar ciertos métodos de acercamiento y formación análogos, no digo idénticos, a los que son utilizados en regiones paganas, porque es necesario decirlo, los bautizados descristianizados se encuentran en un estado tan lamentable, y a veces, más lamentable que los indígenas de países misioneros.

Acción Católica misionera que mantendrá en este espíritu su contacto estrecho con la vida en perpetua transformación, evitando de esta suerte el grave peligro que a toda organización amenaza; de fijar inmutablemente sus formas, de endurecer sus métodos, de quedarse al margen de la vida y, por tanto, de perder su eficacia.

Por último, la Acción Católica debe desarrollarse en un sentido de *Comunidad*.

(12) Mt. 9, 13.

(13) Mt. 15, 24.

(14) Lc. 10, 27-28.

Vivir el misterio de la Iglesia significa sentirse miembro de una comunidad espiritual que nos estrecha con Cristo y con nuestros hermanos.

Dios se comunica a nosotros por Cristo, y Cristo continúa su acción en nosotros por la Iglesia.

En la medida en que adherimos a esa Comunidad de Fe y de Vida, vivimos la vida de Cristo en Dios.

"El individuo del Liberalismo y del Renacimiento había hecho su tiempo; el hombre veía que la personalidad tenía necesidad para madurar del apoyo de una institución objetiva, él aspiraba al colectivo. Lo buscó en el socialismo. Erró de ruta. El socialismo no era sino un agregado de átomos, una adición numérica de efectivos, un cuadro. El principio vital y motor le faltaba. Lo que se necesitaba era el colectivo viviente, o sea, la Iglesia. La Iglesia, conjuntamente sociedad colectiva y cuerpo vivo distribuyendo su sangre a todos sus miembros" (15).

Hay que vivir primeramente alrededor de la parroquia, célula primera de la comunidad cristiana, ese espíritu comunitario que las Actas de los Apóstoles nos narran diciendo "que eran un solo corazón y una sola alma" (16).

La vida litúrgica y la Acción Católica bien comprendidas son expresión genuina de esa vida de comunidad. Vida litúrgica; comunidad que ora. Acción Católica; comunidad que trabaja.

Si la parroquia es únicamente la "oficina de lo espiritual", las almas no sienten a través de ella la gran comunidad de la Iglesia. Sólo cuando la parroquia vive y hace vivir ese gran misterio de la comunidad cristiana, comprendemos el sentido de la unidad y de la fraternidad.

Pero hay más: son las comunidades naturales: hogar, barrio, fábrica, deportes, oficina, las que deben sentir esa influencia apostólica.

Cada cristiano tiene en cada comunidad en que se encuentra una misión propia, una misión de caridad. Es su función, su cargo, su vocación. Una vocación que no ha sido escogida, sino impuesta por las circunstancias providenciales.

La Acción Católica infuirá así indirectamente en esos grandes movimientos apostólicos de cristianización de los ambientes que hoy se desarrollan, tal como el M. P. F. de Francia (17), que acaba de recibir de la Santa Sede una especial aprobación:

"La fórmula del Movimiento Popular de Familias, dice Monseñor Montini al Cardenal de París, que le permite estar ampliamente abierto a todos los hombres de buena voluntad, aún no creyentes, presenta posibilidades particularmente interesantes de penetración en los hogares populares para ahí mostrar, difundir y hacer practicar la Caridad de Cristo". "Hoy día en que la forma social adquiere una tal importancia y acrecienta tan fuertemente su presión, no es solamente el individuo, es el grupo mismo el que debe hacerse misionero" (18).

(15) Dom. Herwegen O. S. B.

(16) Hch. 4, 32.

(17) Mouvement Populaire des Familles.

(18) Card. Suhard, *Op. Cit.*

De donde un campo definido y preciso se extiende ante la Acción Católica; *la cristianización de las comunidades naturales*. El día en que el ambiente del hogar, del barrio, del taller, del club, reflejan el espíritu de Cristo, será cuando una verdadera civilización cristiana vendrá a alborear sobre el mundo paganzado de hoy.

Pero para esto es necesario que ese espíritu de comunidad reine en la Acción Católica, que el centro sea algo más que una mera reunión de individuos, que se sienta el espíritu que ahí los une, que el dogma del Cuerpo Místico sea vivido en concreto y que la tarea común los estreche en un esfuerzo también común, donde los personalismos se pierdan en el ideal supremo que se pretende alcanzar.

* * *

La Acción Católica así concebida y realizada, es la que se enfrenta al mundo moderno para darle su sentido cristiano.

Inspirado y vivificado por ella, el apostolado social y cívico adquirirán su plena eficacia y *madurez*.

Es verdad que existe una diferencia grande entre el apostolado de Acción Católica y el cívico social. Mientras el primero, por su dependencia jerárquica, compromete a la Jerarquía en sus actuaciones, los segundos, no. En estos dos últimos, el católico obra *bajo su propia responsabilidad* y la Jerarquía no se siente comprometida con sus actividades; pero la Acción Católica, sin embargo, dará a los miembros que ahí actúan aquel sentido cristiano que les hará cumplir en ese espíritu la misión social o cívica que les corresponde llenar.

V. *Un Campo principal de la Acción Católica: la Clase Obrera*

La Acción Católica tiene un problema fundamental; hacer que impe- re en el mundo la Caridad de Cristo. Problema de Cristianización, de elevación sobrenatural de los individuos y grupos; de evangelización.

La Acción Católica tiene un campo principal donde esa misión debe cumplirse: la clase obrera.

“El pensamiento cristiano contempla como elemento esencial la redención del proletariado, redención cuya realización *enérgica y generosa aparece* a todo verdadero discípulo de Cristo, no solamente como un progreso temporal, sino como el cumplimiento de un deber moral” (19).

La clase obrera necesita más que ninguna el que se le señale el camino de su liberación en la verdad, de su redención en la justicia, de su consolidación en el amor. Ella ha sido la víctima, primero, del liberalismo económico que le “impuso un yugo que difiere poco del de los esclavos” (20), y

(19) *Quadragesimo Anno*.

(20) *Rerum Novarum*.

del comunismo marxista, en seguida, que ha querido lanzarla hacia un sistema que es la negación de todos los derechos del hombre y de Dios.

La Acción Católica debe centrarse principalmente sobre la clase obrera, y darle así una solución positiva a sus problemas.

Hermosa y profundamente, el 16 del mes pasado, ese gran apóstol argentino que se llama Monseñor Miguel de Andrea, señalando los peligros de la hora y la necesidad de enfrentarlos en forma positiva, decía:

"Ante la irrupción manifiesta o disimulada de tales sistemas, ¿cuál es la actitud que debemos adoptar? ¿La de verlos avanzar y encogernos de hombros? ¿La de entretenernos en lamentos, alarmas e invectivas? Nunca me han convencido de eficacia las actitudes negativas, y menos aún las agraviantes. Ambas resultan igualmente inocuas. Las únicas eficientes son las positivas. No basta tener la persuasión de la malignidad de ciertos sistemas. Es indispensable adquirir la convicción de la superioridad de aquél con el cual se los debe reemplazar. Si rechazamos los que son malos y no poseemos ninguno positivamente bueno nos manifestamos habilitados para destruir, pero incapacitados para edificar.

Nada se hace con sólo repudiar las malas soluciones de los problemas; es necesario poderlas substituir.

Si pretendemos convencer al pueblo que debe rechazar tales sistemas porque a corto o a largo plazo lo han de perjudicar, ¿cuál es el que le ofrecemos con la seguridad de que lo va a beneficiar? ¿Es que no lo tenemos? ¿Nos presentaremos con nada? ¿Carecemos de un programa? ¿No tenemos una bandera? ¡Sí! Tenemos la mejor del mundo: la de la justicia con el amor, la del amor con la justicia" (21).

Esa bandera se llama *la doctrina social de la Iglesia*.

La Acción Católica tiene para con ella el triple deber de hacerla conocer, de hacerla amar y de impulsar su realización.

Hay que hacerla conocer. Su ignorancia ha permitido y permite la difusión del Comunismo.

Cuando la verdad se desconoce, el error se enseñoera.

"Cuando la verdad se disminuye, el justo desfallece".

Cuando las multitudes no son guiadas, se precipitan al abismo.

"En la audiencia privada que el Santo Padre se dignó concederme el mes de mayo (1946), escribe el Canónigo Cardijn, me repitió con tristeza la frase que le había dicho dos días antes Su Eminencia el Cardenal Saliege:

"Padre Santo, el más grave peligro que amenaza a la Iglesia en este momento, es que las masas obreras no conocen nada, pero nada, de la doctrina social de la Iglesia".

Y el fundador de la J. O. C. continúa:

"Hay allí una constatación turbadora que sugiere un examen atento y concluyente. ¿Cómo es posible que las masas obreras del mundo no conozcan la doctrina social de la Iglesia? ¿Cincuenta y cinco años después de la *Rerum Novarum*? ¿Quince años después de la *Quadragesimo Anno*? ¿Diez años después de la *Divini Redemptoris*? Cuando el Papa actual en

(21) En las Bodas de Plata de la Federación de Empleadas (10 - II - 1947).

sus radiomensajes, sus alocuciones, no ha cesado de precisar la doctrina de la Iglesia sobre la persona del trabajador, sobre la familia del trabajador, sobre la necesidad y las condiciones de una desproletarización urgente y eficaz?

Se sabe cómo Pío XII está preocupado de este problema. ¿No es, por lo demás, el eco de aquella otra constatación inquietante que Pío XI nos hacía hace 21 años: el más grande escándalo del siglo XIX es que la Iglesia ha perdido la masa obrera?

Y Pío XI continuaba: "La masa obrera tiene necesidad de la Iglesia y la Iglesia tiene necesidad de la masa obrera". *"La Iglesia sin la clase obrera no es la Iglesia de Cristo"* (22).

Yo le digo, una vez más a mi Acción Católica: conoced y haced conocer la doctrina de la Iglesia.

Sólo ellas pueden darnos la paz en la justicia y la armonía en el amor.

Yo les digo a todos mis fieles, que dentro y fuera de la Acción Católica, trabajan en profundizarla y difundirla, que están prestando a la Iglesia un inapreciable servicio y que las plegarias de su Obispo los acompañan para que el Señor bendiga, dirija y haga fecunda su labor.

Mientras hay quienes creen en un orden basado en la fuerza o coerción, mientras cristianos mismos, parecen esperar más de los poderes de la tierra que en el poder de Cristo, yo repito a mis socios de Acción Católica: "sólo la verdad os hará libres" (23), sólo la Iglesia, por su doctrina social, puede señalar al mundo su ruta.

Pero si vosotros no la conocéis, ¿quién la dará a conocer?

Si vosotros no la difundís, ¿quién la hará resplander ante los que, por ignorarla, se extravían?

1) *Esta doctrina hay que amarla*

Hay católicos que, en vez de amarla, la temen.

También el auditorio que escuchaba la promesa de la Eucaristía encontró dura la palabra de Jesús. "Durus est hic sermo" (24).

Hay que amarla, porque es la expresión de la justicia y "la justicia es uno de los nombres y uno de los rostros de Dios" (25).

Hay que amarla, porque es el eco del "misereor super turbam", la expresión del afecto maternal de la Iglesia por los obreros, el testimonio repetido en el siglo XX como en el primero de que los "pobres son evangelizados" (26), argumento el más fuerte que Jesús dio a los que le preguntaban si era o no el Mesías esperado.

Hay que amarla

"porque no es posible el separar la doctrina religiosa y moral de la Iglesia, de su doctrina social, como es imposible el separar el cuerpo del al-

(22) Canónigo Cardijn: *L'Eglise devant la revolution mondiale*.

(23) *Jn.* 8, 32.

(24) Tr.: "este lenguaje es duro". *Jn.* 6, 60.

(25) Cardenal Saliége. *Chistianisme et aspirations ouvrieres* (31 - III - 1946, Montauban).

(26) *Mt.* 11, 5.

ma, ni el tiempo de la eternidad, ni lo humano de lo divino, ni lo natural de lo sobrenatural" (27).

2) *Esta doctrina hay que realizarla*

Realización que significa aplicar integralmente el Cristianismo a la vida económica y social.

Realización que el mundo pide con urgencia:

"se levanta un grito de lo más hondo, dice Su Santidad Pío XII, el cual en el mundo de un Dios justo invoca justicia y fraternidad".

Realización que el mismo Papa espera con ansia:

"ver lo más pronto, de los escombros de un mundo viejo y caído en ruinas, surgir un mundo nuevo, más sano, mejor ordenado en su constitución jurídica más en armonía con las exigencias de la naturaleza humana" (28).

Realización que no es un vago sentimentalismo romántico, sino una decisión firme y seguida hasta sus últimas consecuencias de los postulados cristianos en materia social.

La doctrina social cristiana tiene ideas claras y precisas sobre la propiedad, el salario, el uso de los bienes, etc., regulado por la justicia social y la caridad. Su realización significa quitar lo que a esas doctrinas se oponen, establecer lo que esas doctrinas ordenan y aplicar sin limitaciones las consecuencias que de ellas brotan.

VI. *Posición ante doctrinas erróneas*

El católico, en su posición social cristiana ha de seguir firme la línea que sus principios le trazan, sin dejarse influenciar por doctrinas extrañas o contrarias.

Dos doctrinas principalmente pueden influenciarlo en este campo: el capitalismo liberal y el marxismo comunista.

El primero nos ha traído miserias sobre miserias. Ha alejado millones de personas del Cristianismo.

"Ha hecho quizás grandes cosas, pero ¡a qué precio! Muy a menudo, al precio de la vida, de la salud, de la moralidad de niños, de trabajadores y trabajadoras. ¡A qué precio! Demasiado a menudo al precio de la ruina de los hogares, de la dispersión de las familias" (29).

(27) Canónigo Cardijn. *Op. cit.*

(28) Mensaje 1º Septiembre, 1944.

(29) Cardenal Saliége. Discurso citado. Montauban, 31 - III - 1946.

El segundo nos ha dado un mal peor que la enfermedad que pretendía remediar. El Comunismo Marxista es, como Su Santidad Pío XI lo señala en la "Divini Redemptoris",

"un sistema lleno de errores y sofismas, que contradice a la razón y a la revelación divina, subversivo del orden social porque equivale a la destrucción de sus bases fundamentales, desconocedor del verdadero origen de la naturaleza y del fin del Estado, negador de los derechos de la persona humana, de su dignidad y libertad".

Ambas doctrinas, aunque diversas en sí mismas y en los alcances que tienen desembocan a un mismo fin: la esclavitud del proletariado.

La Acción Católica ha de formar el criterio y enseñar la posición que hay que tomar ante estos errores.

No tenemos por qué constituirnos en cualquier modo los defensores del régimen capitalista. La concepción económica liberal es completamente diferente de la concepción cristiana.

El comunismo, por otra parte, es una doctrina totalmente opuesta al Cristianismo y no cabe colaboración alguna con él.

VII. *Posición Católica ante el comunismo*

Porque el comunismo es ciertamente *el mayor peligro* que amenaza al mundo en estos momentos, es necesario que nuestra posición ante él sea clara y firme.

Para ello hay que evitar dos extremos; uno, el de unir las justas reivindicaciones obreras con el hecho comunista y pensar equivocadamente que para trabajar por aquéllas, como es nuestro deber, podemos colaborar con este error profundamente anticristiano; y otro, el de caer en cualquier clase de anticomunismo, sin discriminar que existen posiciones anticomunistas que son cristianas y otras que no lo son.

VIII. *Solución positiva*

El Episcopado Nacional ha declarado en Pastoral Colectiva el 1º de enero de este año:

"La errada solución comunista, no será vencida por medios negativos como la violencia o la coerción, sino superándola por una acción de verdadera redención proletaria en justicia social y caridad".

En igual sentido acaba de hablar el 16 de noviembre pasado el Excmo. Monseñor Miguel de Andrea:

"Se nos está denunciando con insistencia el peligro del Comunismo. Pues bien: he aquí el medio de evitarlo. Si nosotros logramos constituir una

sociedad, en la cual los hijos del pueblo obtengan trabajo suficientemente remunerado, con cuyas justas ganancias puedan asegurar el techo, el pan, el vestido, la educación y, como corresponde a la dignidad de toda persona humana, también un poco de seguridad y de alegría de vivir; tengamos la convicción de que no deberíamos desperdiciar energías en combatir el comunismo, porque el comunismo no existiría, pues se le habría quitado su razón de ser. El pueblo nunca va al comunismo cuando se halla satisfecho, sino cuando se siente envenenado. Ni va por placer sino por miseria" (30).

Debe, pues, la Acción Católica saber discriminar ante el anticomunismo.

Hay un anticomunismo cristiano, el señalado por los Papas que se opone a él por su posición materialista, pero cuyas armas son las del Evangelio; la justicia para remediar y quitar los males que lo provocan y la verdad para adoctrinarlos y sacarlos de sus errores; la caridad para amarlos, precisamente, porque están extraviados y el celo que va a buscarlos; como los apóstoles buscaron a los gentiles, como Domingo buscó a los Albigenses, como la Iglesia, siguiendo la lección del Buen Pastor, atrae a los alejados al redil.

Y hay un anticomunismo de inspiración individualista tan materialista como el error que se persigue, cuyas armas son la violencia y que juzga que sólo con medidas negativas y policiales ya soluciona el problema.

Nuestra posición anticomunista no nace, ni de ser la Iglesia aliada del capitalismo, ni de ser enemiga del proletariado, nace sencillamente del contenido materialista y ateo de la doctrina comunista. Bien lo dijo el Emmo. Cardenal Cerejeira, Patriarca de Lisboa:

"la Iglesia de Cristo ha condenado el comunismo ateo, no para defender las cajas fuertes de los ricos, sino porque es contrario a la naturaleza y a Dios" (31).

No son el odio o la violencia las armas cristianas para combatirlos.

"Cuanto más errónea es la doctrina del comunismo y más peligrosa su acción, tanto más debemos sentir, a ejemplos de Cristo, una inmensa piedad para los hermanos extraviados" (32).

Sólo una actitud integralmente cristiana y el empleo de medios auténticamente tales, detendrán el comunismo que hoy se cierne sobre el mundo como un terrible peligro.

La palabra de Pablo nos señala, una vez más, el camino:

"No te dejes vencer del mal, antes vencer al mal con el bien" (33).

(30) Mons. De Andrea. Discurso citado. 16 - XI - 1947.

(31) Ver. *Doc. Cath.* 1936. Col. 1503.

(32) S. E. Mons. Ancel, Obispo Aux. de Lyon.

(33) *Rm.* 12, 21.

IX. A la Acción

Por tanto, mis queridos socios de la Acción Católica, nuestra labor en el campo social y religioso está claramente señalada. Hay que realizar la doctrina de la Iglesia. Hay que encarnar el cristianismo en la constitución social, en la educación nacional, en la organización sindical, en la familia, en la vida cívica, en toda la vida.

La voz de Su Santidad el 7 de septiembre del presente año resuena desde la columnata del Bernini como un llamado apremiante: *"Ya pasó el tiempo de deliberar: esta es la hora de hacer"*.

Si no escuchamos esta voz, si nos encerramos en bizantinas cuestiones, si quedamos esperando la salvación de remedios que ocultan el mal, pero no lo curan, podemos temer las peores consecuencias.

Una página valiente de Monseñor Kalan, titulada: *"Católicos, despertad"*, nos ofrece una meditación presente y una lección de historia.

"Ha habido, ya en la historia de la Iglesia, dice, muchas ocasiones desperdiciadas. En el llamado Renacimiento se gritó por dos siglos la Reforma, pero la Reforma no vino, hasta que se llegó a la gran separación de un tercio del mundo católico; una horrible herida al Cuerpo del Cristianismo que aún hoy día está abierta.

Los pocos que gritaron en el desierto fueron desoídos, incomprendidos, despreciados, perseguidos.

En la época del absolutismo del Estado y de la Declaración de los derechos del hombre, los contemporáneos católicos vivieron despreocupados y las castas privilegiadas gozaron tranquilamente sus privilegios aún cuando la tempestad ya se anunciaba; y finalmente, estalló la Revolución Francesa que barrió todos los privilegios e infirió al Cristianismo una nueva y gran herida cuyas dolorosas consecuencias aún debemos hoy sufrir. Los acontecimientos habían golpeado a sus puertas, pero siguieron durmiendo hasta que fueron bruscamente despertados.

Igual en Rusia, no se creyó en nada. Nadie cree hasta que la realidad no se presenta. Y recientemente cuando surgió el Cuarto Estado y reclamó sus derechos, cuando el proletariado dio la espalda a la Iglesia y se alejó de Dios, ¿se reconoció en el momento justo el peligro? Se debió llegar al peor resultado, a la última etapa del materialismo; al bolchevismo.

Estas son realidades históricas que no pueden negarse. ¿Deberán siempre los católicos experimentar una terrible catástrofe antes de tomar conciencia del problema y dedicarse a una acción vigorosa? ¿O deberán comenzar precipitadamente la obra de salvataje cuando la meta o aún más, yo está perdida?" (34).

Hasta aquí habla Monseñor Kalan.

Yo respondo a su pregunta: No será así, si una Acción Católica consciente de su misión acrecienta día a día su obra apostólica en el doble campo religioso y social. No será así, si en cada ambiente tenemos un grupo de seglares apostólicos que bajo la dirección de la Jerarquía sientan la necesi-

(34) Monseñor Giovanni Kalan. *Per il regno di Cristo*. Soc. Edit. Vita e Pensiero. Milano.

dad de dar testimonio de su fe en el medio en que actúan. No será así, si cada católico comprende su doble deber apostólico; irradiación personal por la vida e irradiación colectiva por nuestra función social.

Y termino, señores, porque he abusado con exceso de vuestra bondad. Termino con un llamado.

1) *Tened fe en la Acción Católica*

Ella es en el pensamiento de Dios, una nueva muestra de su misericordia para con el hombre y de protección para su Iglesia.

Tened fe aunque veáis defectos y limitaciones, como en todo lo humano.

La Acción Católica es a pesar de lo que los hombres podamos afearla, un destello de la belleza inmortal de la Iglesia.

2) *Tened confianza en la Acción Católica*

No esperéis de las soluciones meramente humanas. En el fondo de todos los problemas de nuestra época, nuestros graves y terribles problemas, está la ausencia de Cristo y de su espíritu, y mientras ellos no retornen no habrá posibles remedios.

Confiad, porque trabajando en ella, sembramos con El y Dios da el incremento a nuestra siembra.

Confiad, porque la Acción Católica nos hace gustar el misterio tan desconocido de la victoria de Cristo sobre el mundo, la muerte y el pecado.

3) *Amad la Acción Católica*

En ella cumplís en forma perfecta el gran precepto de la caridad divina y de la caridad fraterna.

Aquí deberá realizarse la tan necesaria unión de los católicos.

Pretender unir a los católicos en el plano de las cosas contingentes sería un absurdo y la Iglesia jamás lo ha pretendido.

Es en el campo de la doctrina, del apostolado de la Acción Católica, de la defensa de los grandes principios cristianos, donde esa unión debe producirse.

A esa unión os llama vuestro Obispo.

Unión en la Verdad de Cristo que libera, en la Justicia de Cristo que redime, y en la Caridad de Cristo que estrecha.

Que nadie se constituya en juez de su hermano, que nadie se sienta único depositario del dogma, ni distribuidor de la verdad, que todos humildemente sintamos la miseria de nuestra pequeñez humana y la grandeza de nuestra vocación cristiana.

Y que a esa vocación, amada, vivida y realizada en y por la Acción Católica, le demos nuestras mejores energías.

Así mereceremos que de nosotros se diga la gran palabra de Pablo: "Apostolus, gloria Christi" (35).

(35) tr.: "Apóstol, gloria de Cristo".